


MRCI

Manejo de cursos y controles inteligentes s.a.s



¿Qué le ocurre al ser humano
cuando se queda sin fundamento?

Dr. José Antonio Pérez Ramos

DR. JOSE ANTONIO PÉREZ RAMOS

**¿QUÉ LE OCURRE AL
SER HUMANO CUANDO
SE QUEDA SIN
FUNDAMENTO?**



SOBRE EL AUTOR

Doctor en Ciencias de lo Fiscal por el Instituto de Especialización para Ejecutivos (IEE). Maestro en Derecho Fiscal y Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca (UABJO). Licenciado en Contaduría Pública por la UABJO. Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacionalista de México. Maestrante en la Maestría en Estudios Avanzados en Derechos Humanos por la Global Open Campus University. Socio Fundador y Director General de la Firma Manejo de Recursos y Controles Inteligentes (MRCI). *Fiscalista del Año 2009* por la Revista Defensa Fiscal. *Doctor Honoris Causa* por *1 Million Startups*, *Latinomics*, *Leaderships Forum* y la Fundación *Humanist World*. *Doctor Honoris Causa* por el Claustro Doctoral Iberoamericano. Autor de diversas obras y coautor de *Remuneraciones Estratégicas Inteligentes* (MRCI, 2015), *El Costo de la Justicia* (Apex Iuris, 2019), y *Retos de la Justicia Tributaria* (Tirant Lo Blanch-AMDF, 2025). *Coordinador en Cuestiones tributarias. Problemas y controversias en el México actual* (Tirant Lo Blanch, 2023), *Futurología* (MRCI, 2025) y *Hasta que la Muerte nos Separe* (MRCI, 2025). También es autor de la obra jurídica: *Ius Mutantur o del derecho que cambia* (Tirant Lo Blanch, 2025).

Actualmente estudia la Maestría en Inteligencia de Negocios y Big Data Analytics en la Global Open Campus University y es titular de Pie de Página, programa para la divulgación de los Derechos Humanos en México, a través de la plataforma LegalCloud.

**¿QUÉ LE OCURRE AL SER HUMANO CUANDO SE
QUEDA SIN FUNDAMENTO?**

DR. JOSE ANTONIO PÉREZ RAMOS

PRIMERA EDICIÓN, ATEMPORAL

Derechos reservados, propiedad de
Dr. José Antonio Pérez Ramos

Comentarios y opiniones: investigacion@mrci.com.mx

Título original: ¿Qué le ocurre al ser humano cuando se
queda sin fundamento?

Autor: Dr. José Antonio Pérez Ramos.

Queda prohibida la reproducción total y parcial de esta obra
denominada: ¿QUÉ LE OCURRE AL SER HUMANO
CUANDO SE QUEDA SIN FUNDAMENTO?, por cualquier
medio, sin autorización escrita del autor.

PRINTED IN MEXICO
IMPRESO EN MÉXICO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I: EL DÍA EN QUE NADA SOSTUVO.....	12
CAPÍTULO II: EL ERROR NO ESTABA EN LAS FÓRMULAS.....	18
CAPÍTULO III: CUANDO EL LENGUAJE DEJÓ DE OBEDECER.....	23
CAPÍTULO IV: LA NECESIDAD DE UN CENTRO	28
CAPÍTULO V: LOS QUE NO SOPORTAN EL VACÍO.....	33
CAPÍTULO VI: INTENTOS DE CIERRE	38
CAPÍTULO VII: LA EXPLICACIÓN COMO REFUGIO	43
CAPÍTULO VIII: EL COSTO DE CREER	49
CAPÍTULO IX: LA FRACTURA DEL OBSERVADOR.....	54
CAPÍTULO X: NADA VOLVIÓ A SOSTENER	59
CAPÍTULO XI: DESPUÉS DEL FUNDAMENTO	64
CAPÍTULO XII: LO QUE PERMANECE CUANDO TODO FALLA.....	69
EPÍLOGO: NO HABÍA UN CENTRO.....	74

INTRODUCCIÓN

Este documento no busca ofrecer respuestas definitivas ni consuelos fáciles en un mundo cada vez más incierto. Tampoco pretende dramatizar una crisis existencial con retórica grandilocuente o citas de antaño que, aunque valiosas, ya no resuenan con la misma fuerza en nuestra realidad fragmentada. Lo que sigue es un ejercicio de observación rigurosa y empática sobre una condición humana profundamente contemporánea: la pérdida simultánea y gradual de los tres grandes pilares epistémicos y ontológicos que sostuvieron el proyecto moderno durante siglos. La trascendencia religiosa, que antaño dotaba de un sentido último y un orden moral inquebrantable; la razón ilustrada, que prometía el progreso lineal y la verdad objetiva alcanzable; y la identidad estable y coherente, forjada en narrativas claras y roles sociales definidos, han dejado de funcionar como garantías absolutas y universales. No se trata de una pérdida ruidosa y cataclísmica, anunciando un fin apocalíptico, sino de una ausencia sutil y persistente que se devela poco a poco, en el tejido mismo de lo cotidiano, en la creciente dificultad de sostener certezas que antes parecían tan naturales como el aire que respiramos. Esta erosión silenciosa es, quizás, su característica más inquietante, pues se esconde a plena vista.

El ser humano moderno erigió su existencia, tanto individual como colectiva, sobre la confianza inquebrantable en la solidez de un suelo bajo sus pies, una base inamovible que legitimaba su visión del mundo y su lugar en él. Este cimiento, robusto y multifacético, se manifestaba como Dios y su designio divino, la Razón y su capacidad para desentrañar los misterios del universo, el Progreso hacia un futuro mejor, la

Ciencia como árbitro de la verdad empírica, la Humanidad como cúspide de la evolución moral, o el Sujeto autónomo como fuente de significado y voluntad. Lo crucial no era tanto la etiqueta específica, sino la existencia misma de un punto de apoyo, un anclaje metafísico o ideológico desde el cual todo lo demás cobraba sentido, orden y dirección. Sin embargo, esa roca primordial se ha vuelto porosa, permeada por la duda, la contingencia y la multiplicidad de perspectivas. No desapareció de golpe, en un estallido revolucionario que arrasara con lo anterior; tampoco fue demolida por una única y devastadora revolución intelectual, ni por un colapso civilizatorio definitivo. Simplemente, ha dejado de soportar el peso de nuestras expectativas y nuestra necesidad de certidumbre. Y cuando esto ocurre, cuando la base se diluye y la confianza se evapora, el ser humano se enfrenta a una pregunta incómoda, existencialmente desestabilizadora: ¿cómo se vive sin fundamento? ¿Es posible la existencia, la acción, la moral, la construcción de sentido, sin un centro gravitacional que organice el significado y dé cohesión a la experiencia?

Este documento, consecuente con su espíritu exploratorio, no anticipa conclusiones prefabricadas. No hay una revelación final esperando al lector al concluir estas páginas, ni una solución milagrosa que cierre de una vez por todas el problema planteado, disipando la incomodidad. Lo que se presenta aquí es el seguimiento minucioso y honesto de un recorrido vital: el de alguien que, inmerso en la vorágine de la vida contemporánea, descubre la ausencia del fundamento y, lejos de sucumbir al nihilismo paralizante, busca comprender

qué implica y qué exige esa ausencia. No se trata de un personaje heroico en la búsqueda de la verdad última, ni de un intelectual excepcional cuya erudición le otorgue una visión privilegiada. Es alguien común, un ser humano anónimo entre tantos, que vive y respira en el mundo actual y que, en un momento dado, experimenta una epifanía perturbadora: la constatación de que algo esencial en la estructura de su significado personal y colectivo ya no funciona. A partir de ahí, el documento traza su proceso interno y externo: los intentos desesperados de explicación y reconstrucción, los refugios temporales en ideologías o distracciones fugaces, las diversas reacciones de quienes le rodean y también experimentan la misma fragilidad, el costo emocional y cognitivo de volver a creer en algo que ya no posee la misma sustancia, la dolorosa imposibilidad de recuperar lo perdido en su forma original y, finalmente, la vida que, inexorablemente, continúa y se reorganiza de maneras inesperadas, incluso sin garantías metafísicas que la sostengan desde fuera.

La estructura del documento se organiza en capítulos que, lejos de seguir una narrativa lineal de problema-solución o una secuencia causal lógica, proponen una exploración fenomenológica y multifacética de esta condición. Cada capítulo observa un aspecto distinto de lo que acontece cuando el fundamento, ese pilar de sentido, falla o se desvanece en el horizonte de la conciencia. No hay un orden causal estricto ni una jerarquía preestablecida entre los capítulos, precisamente porque la experiencia misma de la pérdida del fundamento no es lineal ni ordenada. Es, por su propia naturaleza, fragmentaria, contradictoria, recursiva y a

menudo difusa. Por ello, este documento no se lee como una tesis filosófica que busca demostrar un argumento unívoco, sino como un ensayo en el sentido más literal y original de la palabra: un intento, una prueba, una tentativa abierta de comprender algo que, por su magnitud y su cercanía a lo inefable, resiste cualquier pretensión de comprensión total y exhaustiva. Es una invitación a la reflexión compartida, más que una imposición de certezas.

Lo que sigue no busca consolar a nadie de la dureza de esta realidad; tampoco pretende empujar al lector hacia la desesperación o el fatalismo. Su propósito primordial es, y será siempre, observar con la mayor claridad y honestidad posible una situación humana real, profundamente contemporánea, que afecta a millones de personas en todo el mundo sin que muchas veces tengan las palabras o los marcos conceptuales para nombrarla y articular su propia experiencia. Este documento intenta, con humildad pero con determinación, ofrecer esas palabras, sabiendo de antemano que estas, por muy precisas o poéticas que sean, también pueden fallar en capturar la totalidad de una experiencia tan compleja y visceral. Sin embargo, en el intento de nombrar lo innombrable, reside la posibilidad de una nueva comprensión y, quizás, de una nueva forma de habitar el mundo sin anclajes fijos, pero con una renovada conciencia de nuestra propia fragilidad y resiliencia.

**CAPÍTULO I: EL DÍA
EN QUE NADA
SOSTUVO**

No fue un día memorable, ni estuvo marcado por cataclismos visibles o dramáticos. El sol asomó, indiferente; el café conservaba su amargor familiar y los ruidos urbanos se entrelazaban en el consabido telón de fondo de la rutina. No hubo presagios ni señales premonitorias, ni esas revelaciones fulminantes que solo las ficciones orquestan. Fue, sencillamente, una jornada más en la interminable cadencia de días idénticos: despertar, preparar el desayuno con esa mezcla de automatismo y prisa, abrir la pantalla para sumergirse en la vorágine de la correspondencia digital, responder mensajes que exigían una atención superficial y avanzar con una inercia que ya no demandaba plena conciencia, sino una suerte de piloto automático existencial. Todo parecía conservar una normalidad esperada, esa engañosa superficie que promete estabilidad. Las cosas, en su aparente inmovilidad, seguían en su lugar. Las convicciones, tanto las propias como las compartidas, persistían, inquebrantables. Los proyectos, grandes y pequeños, proseguían su curso, simulando un propósito inalterable. Y, sin embargo, en algún intersticio de esa continuidad aparente, algo había mutado de forma irrevocable. No en el mundo exterior, que seguía su giro habitual, sino en la íntima conexión del individuo con ese mundo. Una alteración tan sutil, tan apenas perceptible, que para cualquier observador externo habría pasado desapercibida. Era como si el suelo bajo los pies hubiese cedido unos milímetros, una fisura casi invisible, pero suficiente para que el delicado equilibrio de la existencia se desestabilizara, para que la confianza en la solidez de lo real comenzara a resquebrajarse desde dentro.

Al principio, la sensación se manifestaba como una nebulosa, una impresión difusa que eludía cualquier categorización precisa. No era la angustia visceral que paraliza, ni el miedo primario que impulsa a la huida, ni la tristeza melancólica que se aferra al pasado. Era algo más sutil y, precisamente por ello, más insidioso y persistente: la repentina percepción de que aquello que antes poseía una gravedad ineludible ahora flotaba ingrávito, despojado de su peso intrínseco. Las tareas que alguna vez se erigieron como pilares de significado, fundamentales para la construcción del día y del propio yo, ahora se revelaban arbitrarias, producto de un acuerdo tácito que, de repente, carecía de eco. Las conversaciones que en otro tiempo habrían encendido el interés, nutrido el espíritu o resuelto conflictos, ahora resonaban con un vacío inesperado, como ecos huecos en una caverna. No es que el contenido de esas interacciones hubiera cambiado; las palabras permanecían idénticas, las intenciones inalteradas. Lo que había colapsado era el marco subyacente que les confería sentido, la gramática profunda que permitía la inteligibilidad. Era una experiencia análoga a leer un texto en una lengua que se domina a la perfección, pero de la cual, de pronto e inexplicablemente, se ha extraviado la clave, el código hermenéutico. Las palabras continuaban impresas en la página, pero su capacidad de transmitir un mensaje vital se había desvanecido, dejándolas inertes y mudas.

El protagonista, como era de esperar, intentó ignorar esta incómoda sensación, relegándola al ámbito de lo transitorio. Se autoconvenció de que no era más que el cansancio acumulado, el estrés inherente a la vida moderna, la falta de

sueño crónica o, quizá, alguna distracción pasajera que el tiempo se encargaría de disipar. Se aferró con obstinación casi desesperada a las tareas concretas, a la materialidad de lo inmediato: terminar aquel informe urgente, preparar con esmero esa presentación crucial, responder a la avalancha de correos electrónicos que exigían contestación perentoria. Y durante algunos momentos, la estrategia demostró una eficacia engañosa. Mientras la mente se mantenía ocupada en el laberinto de lo cotidiano, la sensación, como un depredador astuto, retrocedía, esperando su momento. Pero la tregua era precaria. Apenas surgía un breve espacio de silencio, apenas la actividad frenética se detenía, la sensación regresaba con fuerza renovada. No se manifestaba como un pensamiento estructurado, una idea clara que pudiera ser aprehendida, sino como una presencia ineludible y, a la vez, etérea. Una presencia que, paradójicamente, era la quintaesencia de una ausencia.

Lo más profundamente perturbador de esta experiencia no era la sensación en sí misma, por extraña que fuera, sino su carácter absolutamente inexplicable. No había una causa discernible, un detonante que pudiera ser señalado con certeza. No existía un problema concreto que pudiera resolverse mediante la acción o el análisis. No había una pérdida tangible que pudiera ser llorada, un duelo que pudiera transitarse. Todo lo externo permanecía inalterado, fijado en su lugar por la inercia de la costumbre y la materia. Nadie había muerto, ninguna relación fundamental se había roto, ninguna traición había herido, ninguna fuerza destructiva se había manifestado.

Y, sin embargo, a pesar de la aparente integridad del mundo, algo esencial había dejado de sostener, de proporcionar anclaje. El protagonista, en sus momentos de introspección, rastreó su memoria con una urgencia casi detectivesca, buscando algún instante preciso en que ese quiebre fundamental hubiera ocurrido, algún evento singular que marcara el inicio de esta falla profunda. Pero la búsqueda era vana. No halló punto de origen. La falla no había comenzado en un momento específico; simplemente había irrumpido, como si siempre hubiera estado ahí, latente en el subsuelo de la existencia, aguardando el instante exacto para manifestarse y ser, por fin, notada.

Esa noche, en la penumbra que precede al sueño, cuando las defensas de la mente flaquean y las verdades incómodas asaltan la conciencia, el protagonista hizo un último intento desesperado por formular lo que ocurría en su interior. Buscó palabras, categorías, conceptos prestados de la psicología, la filosofía o la literatura. Pero todos los intentos resultaron dolorosamente insuficientes, incapaces de capturar la esencia de su experiencia. No era depresión, porque la tristeza, ese velo oscuro que cubre la percepción, estaba ausente; había una frialdad desaparegada, una disociación, más que una pena. No era una crisis existencial en el sentido dramático, porque no había un cuestionamiento grandilocuente de la vida, sino una silenciosa y fría constatación de que las preguntas ya no encontraban suelo donde anclarse. No era la desilusión amarga que sobreviene cuando una esperanza previa se rompe, porque ya no recordaba qué esperanza había quebrantado.

Era algo más fundamental y primordial: la gélida percepción de que el suelo sobre el cual se edificaba todo el entramado de su existencia, ese fundamento tácito que daba sentido a cada paso, ya no estaba ahí.

Y, en un giro aún más escalofriante, la realización de que, tal vez, en su más profunda e inalterable verdad, nunca había estado.

**CAPÍTULO II: EL
ERROR NO ESTABA
EN LAS FÓRMULAS**

Una vez superada la perplejidad inicial, el protagonista reaccionó con una búsqueda metódica y casi desesperada de la falla en el sistema. Era un reflejo condicionado, la respuesta innata a cualquier disfunción: si algo se desviaba de lo esperado, debía existir una explicación lógica, un componente averiado, una variable ignorada. ¿Habría cometido, acaso, un error de cálculo imperceptible que había pasado inadvertido? ¿O quizás ignorado un detalle crucial, una pieza del rompecabezas que ahora, en retrospectiva, podría explicar la fractura? La esperanza era palpable: si el problema residía en la estrategia, la planificación o la ejecución, la solución sería tan simple como identificar ese fallo y enmendarlo. Con tal corrección, anhelaba que todo volviera a su cauce, que la solidez perdida se restaurara y que el mundo recuperara su firmeza.

Sin embargo, la revisión más concienzuda no arrojó el resultado esperado. Las decisiones, analizadas bajo una luz fría y racional, se mantenían impecables; las prioridades, coherentes con los objetivos previamente establecidos, conservaban su lógica inalterable; los métodos, probados y verificados en innumerables ocasiones, continuaban siendo tan eficaces como siempre. No existía un error técnico evidente, ninguna grieta en la arquitectura lógica del sistema que justificara la creciente sensación de irrealidad. El sistema funcionaba, de hecho, con una precisión casi alarmante según sus propios parámetros intrínsecos. Y era precisamente en este punto donde residía la verdadera naturaleza del problema, la paradoja que lo paralizaba: la máquina, impecablemente calibrada, seguía produciendo resultados sin

tregua, pero la razón de ser de esa producción se había evaporado. El protagonista empezó a percibir que el fallo no era una cuestión de números o algoritmos defectuosos, sino una erosión en el marco de significado que otorgaba relevancia a todas las fórmulas, un vacío conceptual que convertía la eficiencia en una farsa despojada de propósito.

Ante la imposibilidad de hallar la falla en las operaciones internas del sistema, la mente del protagonista viró hacia una reformulación de su propia estructura. Empezó una búsqueda frenética de nuevas teorías, de explicaciones alternativas, de perspectivas que pudieran ofrecer un anclaje renovado. Libros de filosofía, tratados de autoayuda, ensayos científicos y guías espirituales se apilaron en su escritorio, cada uno prometiendo una claridad que se mostraba elusiva. Asistió a conferencias con oradores carismáticos que ofrecían respuestas definitivas, exploró disciplinas exóticas que afirmaban poseer las claves universales. Cada nueva explicación, por un tiempo, surtió efecto. Ofrecía un alivio momentáneo, una sensación de orden que apaciguaba el caos interno, permitiendo que la rutina, ahora bajo una luz diferente, continuara. Pero este alivio era, invariablemente, efímero. Con el paso de los días o las semanas, la nueva explicación, por más convincente que fuera al principio, terminaba por revelar su carácter provisional. No era falsa en un sentido absoluto, pero tampoco era la verdad inmutable que había anhelado; era, en el mejor de los casos, una herramienta útil, un andamio temporal para la comprensión. Y el reconocimiento de esta provisionalidad lo devolvía una y otra vez al punto de partida, a la pregunta fundamental: si

todas las explicaciones son, en esencia, herramientas y no verdades últimas, ¿desde qué punto inamovible se puede, entonces, explicar el mundo y la propia existencia?

Fue entonces cuando la magnitud de la situación se hizo dolorosamente diáfana. El protagonista comenzó a comprender que el problema ya no era meramente técnico, ni siquiera teórico en el sentido de encontrar una mejor descripción de la realidad. Era un problema de raíz, ontológico. La tarea ya no consistía en hallar la explicación correcta, la fórmula precisa o la teoría más abarcadora, sino en asimilar la perturbadora idea de que la búsqueda misma de tal explicación era parte integral del dilema que intentaba resolver. Porque esa búsqueda, por definición, presuponía la existencia de un punto de vista privilegiado, una atalaya desde la cual todo podía ser abarcado y comprendido sin fisuras. Implicaba la creencia en un fundamento sólido, inquebrantable, sobre el cual construir todo el edificio del conocimiento y del sentido. Pero ese fundamento, esa roca primordial de la existencia, había dejado de ser evidente, se había disuelto en la nada, o quizás, como la noche anterior había intuido, nunca había estado allí realmente. Sin ese cimiento, toda explicación se volvía un ejercicio de circularidad, una tautología incesante: un bucle infinito que no conducía a parte alguna.

La sensación de vértigo, que ya había sido una compañera insistente, se intensificó hasta convertirse en una marea abrumadora. No se trataba simplemente de la desoladora ausencia de significado en las cosas; era la aterradora

revelación de que el acto mismo de conferir sentido, de construir un orden, era una operación intrínsecamente precaria, una acrobacia existencial sostenida únicamente por la decisión solitaria y sin fundamento de mantenerla. Era como un funambulista que camina sobre el vacío, pero que no solo carece de red, sino que además debe inventar el cable sobre el que pisa con cada paso, y cuya única razón para no caer es la pura y despojada voluntad de mantenerse en pie. Pero incluso la voluntad, esa última fortaleza del ser, también requería un suelo, un anclaje que le diera propósito y dirección. Y ese suelo, ese pilar primordial, ya no estaba, dejando al protagonista en un abismo donde la voluntad, desprovista de anclas externas, se convertía en un motor sin destino, un esfuerzo desprovisto de justificación más allá de sí mismo.

**CAPÍTULO III:
CUANDO EL
LENGUAJE DEJÓ DE
OBEDECER**

En el transcurso de esta profunda transformación interna, las primeras grietas no se manifestaron en la estructura lógica de los pensamientos, sino en la urdimbre misma de la palabra. Mucho antes de que los pilares conceptuales empezaran a flaquear, el protagonista percibió un extraño desajuste en el acto de nombrar. Al principio, lo atribuyó a la mera fatiga mental o a un lapsus momentáneo. En medio de una conversación, una idea clara y nítida se formaba en su mente, pero al intentar vestirla con palabras, estas se resistían. No es que las hubiera olvidado; la palabra exacta, la que debía ser, se presentaba ante él, pero resultaba extrañamente ineficaz, una cáscara vacía incapaz de contener la compleja magnitud de su intención. Intentaba entonces rodearla con sinónimos, construir perífrasis elaboradas, extender la explicación con prolijos detalles. Pero cada esfuerzo era inútil, pues nada lograba capturar la esencia precisa de lo que anhelaba expresar. Era una sensación de límite invisible, de una frontera semántica que, hasta entonces ignorada, se hacía ahora palpable y restrictiva, sofocando el flujo de la comunicación y del propio pensamiento.

A esta inicial incomodidad verbal le siguió una desintegración más profunda, que afectó directamente a los pilares conceptuales de su comprensión del mundo. Términos que antes habían servido como brújulas, organizando y dando sentido a la vasta e intrincada experiencia humana **palabras como "progreso", "justicia", "verdad", "identidad"**, empezaron a perder su poder de anclaje. No se trataba de un olvido de sus definiciones formales; el protagonista aún podía diseccionarlos intelectualmente, explicarlos en sus marcos

teóricos y aplicarlos en contextos académicos o abstractos. Sin embargo, cuando intentaba tender un puente entre estos conceptos y la cruda realidad de su propia vivencia, la conexión se quebraba irremediabilmente. Los conceptos flotaban por encima de la experiencia, despegados, como si fueran etiquetas hermosas pero inservibles que ya no se adherían a las cosas que supuestamente nombraban. Sin esa vital ligazón entre el significante y el significado experiencial, el lenguaje se transformaba en un juego tautológico, un laberinto de palabras que solo remitían a otras palabras, incapaces de tocar la tierra firme de lo real, sumiendo la existencia en una extraña irrealidad.

Impulsado por esta creciente desazón, el protagonista se embarcó en una búsqueda frenética de un nuevo léxico, una forma de expresión que pudiera restaurar la armonía perdida. Exploró otros idiomas, sumergiéndose en sus gramáticas y sintaxis, con la esperanza de que en sus estructuras distintas residiera una clave para el nombrar exacto. Se adentró en tradiciones filosóficas y espirituales lejanas, en busca de sistemas conceptuales alternativos, creyendo que otras culturas quizás habían encontrado maneras más auténticas de articular la experiencia. Y si bien encontró en cada lengua y cada cosmovisión matices sorprendentes, perspectivas frescas y formas diferentes de ordenar el caos del mundo, el problema fundamental persistía inquebrantable. Descubrió que la falla no radicaba en la insuficiencia de una palabra específica o en la ausencia de un sinónimo perfecto, sino en la relación intrínseca y quizás inquebrantable entre el lenguaje y el mundo.

La ansiada palabra perfecta no existía esperando ser hallada; había, en su lugar, una brecha insalvable, una herida primordial entre lo que podía ser expresado y lo que podía ser verdaderamente experimentado. Y esa brecha, dolorosamente evidente, no podía ser cerrada por la mera acumulación de más palabras.

Lo más perturbador, sin embargo, fue la comprensión de que el lenguaje no solo se mostraba incapaz de nombrar adecuadamente el mundo o la experiencia, sino que fallaba estrepitosamente al intentar describir su propia incapacidad. Cada intento por verbalizar la naturaleza de esta crisis lingüística generaba, paradójicamente, una nueva capa de distorsión, una traición inherente a la misma verdad que buscaba desvelar. Esto se debía a que cualquier explicación implicaba el uso de conceptos, y eran precisamente esos conceptos los que ya no funcionaban con la precisión esperada. Decir "angustia" apenas arañaba la superficie de la experiencia visceral que sentía; calificarlo de "vacío" sonaba a un melodrama insincero, carente de la sobriedad requerida para la hondura de su padecimiento. Expresar una "pérdida de sentido" era una generalización vaga que empobrecía la especificidad de su desintegración interna. El protagonista se encontró atrapado en un callejón sin salida semántico, en una situación absurda y profundamente frustrante: sabía, con una certeza inquebrantable, que algo de magnitud trascendental estaba ocurriendo en su ser y en su relación con la realidad, pero cada esfuerzo por nombrarlo no hacía más que traicionarlo, desviando su esencia hacia algo más manejable, pero menos verdadero.

Fue en medio de esta profunda frustración que una revelación más trascendente y, a la vez, liberadora, se abrió paso en su conciencia: quizás el lenguaje nunca había poseído esa infalibilidad que se le había atribuido. Tal vez la brecha entre la palabra y la cosa, entre el mapa y el territorio, había existido siempre, una fisura ontológica que la humanidad había preferido ignorar o encubrir bajo el manto de un acuerdo tácito. Había prevalecido una fe colectiva, profundamente arraigada, en la capacidad de las palabras para aprehender la realidad, en el poder de los conceptos para capturar la verdad con una fidelidad casi fotográfica. Pero ahora, esa fe inquebrantable se había disuelto, exponiendo la vulnerabilidad intrínseca del lenguaje. Sin ese velo protector, la palabra se revelaba en su verdadera naturaleza: una herramienta imperfecta, un intento provisional y constantemente renovado de imponer un orden efímero al caos incesante de la existencia. Útil, sí, y absolutamente necesaria para la interacción humana y la construcción de sentido, pero nunca definitiva, nunca el espejo prístino de una realidad que, quizás, desafiaba cualquier intento de ser completamente nombrada o comprendida a través de ella.

CAPÍTULO IV: LA NECESIDAD DE UN CENTRO

La ausencia de un fundamento sólido no solo engendró una profunda incertidumbre, sino que despertó una necesidad urgente, casi visceral, de hallar un punto de apoyo. El ser humano, en su esencia más íntima, no está diseñado para flotar indefinidamente en el vacío de la relatividad. Su psique anhela referencias, coordenadas estables, un eje cardinal que le permita orientar su existencia y comprender el mundo. Aunque la razón pueda susurrarle que toda estructura es provisional, que cada "centro" no es más que una construcción cultural o personal, la exigencia de uno persiste. No se trata de una mera curiosidad teórica o un capricho intelectual, sino de una imperiosa necesidad existencial que hunde sus raíces en la condición humana. Sin un centro de gravedad, un principio organizador, todo se disuelve en una equivalencia indiferenciada. Y cuando cada opción, cada valor, cada camino se presenta idéntico en su falta de trascendencia, la capacidad misma de tomar una decisión, de elegir un rumbo, se convierte en una tortura paralizante.

El protagonista, absorto en su introspección, observó con creciente preocupación cómo esta imperiosa búsqueda de un ancla operaba insidiosamente en los recovecos de su vida y conciencia. Tras semanas, incluso meses, de vagar en la desolación de la incertidumbre, una parte profunda de su ser comenzó a clamar desesperadamente por un cierre, una conclusión ***cualquiera*** que pudiera devolverle el sentido. En este estado de vulnerabilidad existencial, la veracidad de dicho cierre importaba menos que su eficacia; lo crucial era que ofreciera una estructura que le permitiera reanudar su camino.

Empezó a sentir la seductora tentación de aferrarse a cualquier explicación prefabricada que prometiera estabilidad: una ideología política de férreas convicciones, una doctrina espiritual que ofreciera un dogma tranquilizador, un sistema filosófico que proveyera un mapa exhaustivo del cosmos. No es que creyera en la verdad absoluta de estas construcciones, pero sí reconocía en ellas la promesa de lo que más ansiaba: un marco coherente donde cada fragmento de la experiencia, cada suceso aleatorio, cada emoción dispersa, pudiera ser categorizado y, por ende, nuevamente "entendido". Eran centros externos, ofrecidos como refugios ante el caos, alrededor de los cuales organizar la fragmentada percepción de la realidad.

Sin embargo, esa tentación, por profunda y reconfortante que pareciera, venía intrínsecamente acompañada de una persistente e incisiva incomodidad. Aceptar un centro de conocimiento o creencia que él mismo percibía como artificial o construido implicaba una renuncia, un sacrificio de aquello a lo que el protagonista no estaba seguro de poder, ni de querer, ceder: la prístina lucidez sobre la naturaleza inherentemente contingente y, a menudo, absurda de su propia situación. Era consciente de que, al abrazar tal centro, se vería obligado a suspender su duda crítica, a silenciar la voz de su escepticismo y a operar en el mundo como si ese centro fuera una realidad innegable, incluso cuando su intelecto le recordaba que era, en el mejor de los casos, una ficción convenientemente útil. Y esta suspensión consciente de la verdad personal acarrearía un costo considerable, no solo en el plano intelectual ***al sofocar la búsqueda incesante***

de la comprensión sino, de manera más profunda y desgarradora, en el ámbito ético. Implicaba una forma sutil, pero ineludible, de deshonestidad consigo mismo, una traición a la autenticidad que tanto valoraba y que había sido su único baluarte en la deriva existencial.

A pesar de esta lucha interna, el protagonista también reconocía con creciente claridad que la alternativa a la aceptación de un centro, por artificial que fuera, no se presentaba como una opción mucho más viable o deseable a largo plazo. Vivir en la pura contingencia, en la radical relatividad donde todo valor y toda acción carecen de peso intrínseco, no era una posición sostenible para una existencia plena y significativa. La vida práctica, en su inexorable demanda de acción y decisión, exigía criterios, principios, un marco desde el cual actuar. No era posible tomar decisiones significativas desde un "no-lugar" absoluto; era imperativo decidir desde algún "lugar", por precario o provisorio que este pudiera ser. La pregunta central, entonces, se transformaba: ya no era si aceptar o rechazar la noción de un centro, sino qué tipo de centro era posible abrazar y bajo qué condiciones existenciales y éticas. ¿Existía una vía para sostener un eje de creencias sin caer en el abismo del dogmatismo, sin clausurar la mente a la revisión y la duda? ¿Podía uno creer en algo con fervor, pero al mismo tiempo recordar conscientemente que esa creencia era una construcción, un acto de fe voluntario, y no una verdad absoluta e inmutable grabada en piedra?

Este capítulo, en su discurrir, no pretende ofrecer respuestas definitivas a estas preguntas tan fundamentales; más bien, se limita a plantearlas, a dejarlas flotando en el aire de la conciencia del lector. El protagonista, en este punto de su viaje, aún se encuentra desprovisto de soluciones claras y concluyentes. Lo que sí posee, sin embargo, es la aguda percepción de que la necesidad humana de un centro, de un punto de referencia que dé sentido y estabilidad a la existencia, no se disipa ni se anula por el mero hecho de comprender que es, en su raíz, una necesidad psicológica y existencial. Y, más inquietante aún, advierte que esta misma necesidad, si es ignorada, reprimida o negada de forma consciente, puede manifestarse de modos mucho más peligrosos y perniciosos que cualquier dogma abiertamente asumido. Porque cuando la necesidad de un centro no es reconocida y examinada, tiende a satisfacerse de manera inconsciente, llevando al individuo a adoptar centros sin siquiera percatarse plenamente de ello, subyugándose a principios y dogmas que operan en las sombras de su propia conciencia, dictando su rumbo sin que la luz de la razón los ilumine por completo.

**CAPÍTULO V: LOS
QUE NO SOPORTAN
EL VACÍO**

El protagonista no era el único inquilino de esa profunda inquietud; la ausencia de un fundamento sólido resonaba también en quienes lo rodeaban. Observaba cómo otros, enfrentados a la misma desorientación existencial, trazaban senderos diversos en su afán por colmar ese vacío, por hallar un ancla en la inmensidad de la incertidumbre. Cada ruta, por disímil que fuera en su manifestación, compartía la pulsión esencial de mitigar el desasosiego, de reconstruir un sentido allí donde la contingencia parecía haberlo desmantelado.

Algunos, por ejemplo, habían erigido un refugio inexpugnable en la fe religiosa. No era, sin embargo, una devoción heredada, una creencia cómoda y acrítica, sino una fe urgente, casi visceral, forjada como respuesta directa y vehemente a la incertidumbre que los asediaba. Hablaban con una certeza luminosa, la de quien cree haber desvelado la respuesta última y definitiva a todas las incógnitas, y en esa convicción hallaban una paz que al protagonista no le resultaba ajena. No obstante, en su introspección, percibía que esa tranquilidad, si bien genuina, conllevaba un precio ineludible: exigía la suspensión, o al menos el aplazamiento indefinido, de toda pregunta cuya respuesta no encajara armoniosamente en el marco de esa fe recién adoptada. Y las preguntas suspendidas, se decía, no se disipaban; solo se archivaban en un recoveco de la conciencia al que se prohibía mirar, latentes, aguardando quizás el momento propicio para resurgir con renovada fuerza.

Otros, en contraste, habían optado por elevar la ciencia a la categoría de fundamento absoluto, erigiéndola como el pilar

incuestionable de su comprensión del mundo. No la veían como el método provisional y falible que el protagonista reconocía **una herramienta poderosa, pero inherentemente limitada** sino como la fuente prístina de una verdad objetiva e incontrovertible. Su discurso se tejía con la solidez de estudios rigurosos, la irrefutabilidad de datos empíricos y la autoridad de la evidencia, ofreciendo una narrativa profundamente tranquilizadora para quienes anhelaban una base firme. Sin embargo, el protagonista percibía en esa aparente solidez una selectividad inherente. Los estudios, por su propia naturaleza, eran siempre provisionales, sujetos a futuras revisiones y nuevas comprensiones. Los datos, por más contundentes que parecieran, estaban siempre abiertos a diversas interpretaciones. Y la evidencia empírica, por sí sola, no podía responder a las preguntas fundamentales sobre cómo interpretar esa evidencia, cómo valorarla moral o existencialmente, o qué significado o trascendencia otorgarle en la vastedad de la experiencia humana. La ciencia, en su brillantez, ofrecía respuestas técnicas y descriptivas, pero no el marco ético o teleológico dentro del cual esas respuestas pudieran cobrar un sentido trascendente.

Existían también quienes se volcaban hacia alguna forma de espiritualidad improvisada, un tapiz ecléctico tejido con hilos de filosofías orientales, retazos de psicología popular, prácticas de mindfulness y referencias etéreas a una energía universal. Su lenguaje era inclusivo, amable, y se centraba en conceptos como la conexión, la presencia y la autenticidad, presentándose como una alternativa no dogmática a las

estructuras tradicionales. Pero el protagonista no podía evitar notar en esa supuesta ausencia de dogmas una estrategia defensiva sutil. Porque si, en efecto, nada era definitivo ni absoluto, entonces nada podía ser verdaderamente cuestionado o refutado. Cualquier crítica o disidencia se disolvía con facilidad en el mismo relativismo que supuestamente se defendía. De esta manera, esa espiritualidad improvisada se volvía paradójicamente inmune a la reflexión crítica, no por su intrínseca solidez o profundidad, sino por su deliberada difuminación, su capacidad para evadir cualquier punto fijo de confrontación.

Y, finalmente, estaban los cínicos, aquellos que habían arribado a la conclusión de que, si no existía un fundamento último, entonces nada importaba realmente. Su modo de expresión era la ironía constante, una distancia desapegada que envolvía todo. Su postura, a primera vista, podía parecer una manifestación de lúcida honestidad, una valiente aceptación de la vacuidad inherente a la existencia. Sin embargo, el protagonista percibía que este cinismo, lejos de ser una rendición pasiva, era en realidad otra estrategia de evasión, una armadura contra la vulnerabilidad de la creencia. La ironía incesante se convertía en una forma de no comprometerse con nada, de no arriesgarse a la fe, de mantenerse a salvo del error mediante la negación anticipada de cualquier posibilidad de acierto. El cínico, en su esencia, no vivía sin fundamento; vivía desde un fundamento negativo: la rígida convicción de que todo fundamento era una ilusión o una falsedad.

Y esa negación categórica resultaba, en su rigidez y su absolutismo, tan limitante y dogmática como cualquier otro fundamento que pretendiera derribar.

El protagonista, inmerso en sus propias dudas, se abstenía de emitir juicios sobre estas diversas reacciones. Comprendía, con profunda empatía, que cada una representaba un intento legítimo y desesperado de lidiar con una situación existencial que para muchos resultaba insostenible. Entendía que cada quien buscaba, a su manera, una forma de habitar el vacío sin dejarse consumir por él por completo. Sin embargo, lo que le inquietaba, lo que resonaba con una disonancia particular en su propia búsqueda, era la sensación de que todas estas estrategias, a pesar de sus evidentes diferencias, compartían un denominador común: la imperiosa necesidad de clausurar el problema, de encontrar una respuesta definitiva, un cierre conceptual que les permitiera seguir adelante. Y esa misma necesidad de cierre, esa urgencia por poner un punto final a la incertidumbre, era precisamente lo que el protagonista, en su honestidad radical, no lograba satisfacer plenamente en sí mismo, prefiriendo la incipiente incomodidad de la pregunta abierta a la falsa paz de una respuesta prefabricada.

**CAPÍTULO VI:
INTENTOS DE
CIERRE**

El protagonista, como otros, también experimentó sus propias tentativas de clausura, sus modos personales de silenciar la acuciante pregunta por el fundamento. Si bien no tan radicales o explícitamente dogmáticas como las ajenas que había observado, eran intentos al fin y al cabo, movimientos de una mente que anhelaba la quietud. La primera de estas búsquedas fue la decisión consciente de que el problema carecía de solución, y que, por tanto, la única vía plausible era abandonar la pesquisa. Una postura que, en apariencia, se revestía de sabiduría y madurez filosófica: cohabitar con la incertidumbre, aceptar la contingencia como el único terreno firme y renunciar a la quimérica necesidad de un anclaje inamovible. Intelectualmente, la propuesta era irreprochable. Y durante algunos días, la mente del protagonista halló una suerte de tregua. Cesaron las preguntas existenciales que lo consumían, dejó de escudriñar cada concepto en busca de fisuras, y aquella urgencia visceral por comprender lo incomprensible pareció mitigarse. En aquel silencio autoimpuesto, en esa renuncia activa, emergió, sorprendentemente, un genuino alivio, una fugaz ligereza que, por un instante, confundió con paz.

Sin embargo, ese alivio efímero no tardó en disolverse ante las inexorables exigencias de la vida cotidiana. La existencia, con su incesante fluir de acontecimientos, continuaba demandando decisiones, elecciones, compromisos. Y estas, por nimias que parecieran, no podían forjarse desde la pura y desnuda contingencia. Se hacía imperativo elegir un sendero y descartar otros, priorizar ciertos valores o proyectos sobre el vasto océano de las posibilidades.

Y cada vez que el protagonista intentaba abordar una elección sin un criterio subyacente, sin una brújula interna que le ofreciera dirección, se encontraba sumido en una parálisis absoluta. No era el temor al error lo que lo inmovilizaba, pues la aceptación de la incertidumbre debía haberlo liberado de tal carga. Lo que lo detenía era la incapacidad de discernir qué constituía un error o un acierto en un universo donde todo se había vuelto equivalente. Sin un marco de referencia, sin un valor que prevaleciera sobre otro, la decisión misma perdía su razón de ser, disolviéndose en una indistinguible masa de posibilidades desprovistas de significado.

El segundo intento, surgido quizás como respuesta a la esterilidad del primero, consistió en la adopción de un pragmatismo radical. Una filosofía de vida despojada de metafísica: obrar sencillamente aquello que funcionara, sin detenerse a inquirir el porqué de su eficacia. Tomar decisiones basándose exclusivamente en criterios instrumentales: la habilidad de una acción para alcanzar un fin, la eficiencia en el uso de recursos, la mensurabilidad de los resultados. Y este enfoque, en su aparente simplicidad, también procuró una medida de alivio. Permitió al protagonista seguir adelante, mantener una sensación de control, sin tener que confrontar de nuevo las preguntas de fondo que tanto lo habían atormentado. Lo complejo se reducía a lo útil, lo existencial a lo operativo. Bastaba con preguntarse qué servía y qué no para un propósito dado. El resto, las profundidades insondables del sentido, era considerado mero ruido, una distracción ineficaz.

Aun así, la aparente solidez de este segundo intento no tardó en revelar sus propias y severas limitaciones. El pragmatismo radical, en su esencia, presuponía una distinción clara y objetiva entre lo que "funciona" y lo que "no funciona". Pero esa distinción, el protagonista lo advirtió con creciente inquietud, no era tan nítida como se pretendía. "¿Funcionar para qué?", "¿Servir a qué propósito último?". Los criterios puramente instrumentales, desprovistos de un horizonte teleológico mayor, no podían justificarse a sí mismos. Eran medios en busca de fines, pero los fines mismos permanecían en la penumbra, ininterrogados. El pragmatismo requería, irremediablemente, un marco de valores que le confiriera sentido y dirección, que le otorgara un propósito que trascendiera la mera operatividad. Y ese marco de valores era, precisamente, lo que el protagonista buscaba y lo que la anulación del fundamento había puesto en entredicho. Comprendió que el pragmatismo no resolvía el problema, sino que lo encapsulaba, lo aplazaba indefinidamente. En algún momento crucial, la pregunta por el "para qué" resurgiría con fuerza, y entonces el pragmatismo, con todas sus herramientas de eficiencia, carecería de toda respuesta.

El tercer intento, más sutil y acaso el más seductor, radicó en una aceptación paradójica: admitir que el fundamento era, en última instancia, una ficción, pero una ficción indispensable para la vida, para la acción, para la propia coherencia del ser. La propuesta era vivir "como si" existiera un fundamento, sabiendo íntimamente que no lo había. Actuar desde un núcleo de valores y creencias, consciente al mismo tiempo de que ese núcleo era una construcción artificial, una trama tejida

por la inherente necesidad humana de sentido. Este enfoque, en su ingeniosa dualidad, parecía ofrecer la reconciliación entre la lucidez intelectual, que no negaba la ausencia de un fundamento intrínseco, y la funcionalidad práctica, que permitía al individuo navegar por el mundo. Era una solución elegante, dotada de una sofisticación intelectual que la hacía atractiva. Y, sin embargo, era precisamente esa elegancia lo que la tornaba tan profundamente inquietante. Porque implicaba una forma de desdoblamiento existencial, una escisión permanente: una faceta del ser creía, se entregaba a la ficción necesaria, mientras que otra, la lúcida y crítica, sabía que era una invención, una piadosa mentira. Y ese desdoblamiento, sostenido a lo largo del tiempo, no era una mera acrobacia mental; generaba una tensión psíquica, una fractura en la unidad del yo, que el protagonista no estaba seguro de poder soportar sin sucumbir a una profunda alienación.

**CAPÍTULO VII: LA
EXPLICACIÓN
COMO REFUGIO**

Tras innumerables jornadas de introspección y cuestionamiento, una verdad se reveló al protagonista con la fuerza de lo evidente, aunque esquivaba hasta entonces: que la mayor parte del tiempo, cuando su mente se abalanzaba, ávida, en pos de explicaciones para el mundo, los otros o su propio ser, su anhelo primordial no era una comprensión exhaustiva de la verdad objetiva. No, lo que buscaba, con una urgencia casi instintiva, era sosiego. La explicación, en su esencia más elemental, operaba como un sofisticado refugio emocional, un bálsamo contra la ansiedad existencial que la incertidumbre sembraba. Basta con una narrativa, una justificación, una causa atribuible a cualquier fenómeno **por caótico o inescrutable que pareciera** para que una profunda sensación de control, o al menos su promesa, se anclara en su psique. Aunque dicha explicación se revelara provisional, incompleta o incluso lógicamente endeble, el solo hecho de poseerla, de poder articularla, generaba un alivio inmediato y profundo. Era un acto casi mágico, similar a encender una luz tenue en una estancia sumida en total oscuridad: la luminosidad no modificaba la estructura intrínseca del lugar ni sus contenidos, pero transfiguraba la relación del observador con el espacio, volviéndolo menos amenazante y más transitable.

Esta revelación no implicaba, en absoluto, que las explicaciones carecieran de valor o fueran inútiles; más bien, redefinía y ampliaba su función esencial. El protagonista comprendió que su utilidad no era meramente cognitiva, orientada a desentrañar los mecanismos del universo con fría lógica.

Su verdadero poder residía en una dualidad inextricable: las explicaciones servían, sí, para entender el mundo en sus múltiples facetas, para organizar la información y construir conocimiento, pero, de forma igualmente crucial, servían para soportar la carga de la existencia. Eran herramientas indispensables para hacer habitable un mundo que, sin ellas, se revelaría excesivamente caótico, intrínsecamente incierto y abrumadoramente incomprensible. Y esta función emocional, lejos de ser secundaria o un mero subproducto, se erigía como central para la experiencia humana. El ser humano, con su intrínseca necesidad de orden y significado, no busca explicaciones porque el universo las exija para su funcionamiento, sino porque él mismo las exige para su propia supervivencia psicológica. Sin la red de narrativas y causas que tejemos, la experiencia se desintegra en una amalgama de sensaciones y eventos inarticulados, volviéndose intolerable para la conciencia.

Con esta nueva lente, el protagonista recordó vívidamente una serie de situaciones pasadas en las que la búsqueda de una explicación se había manifestado con una urgencia casi desesperada: una enfermedad repentina que golpeó a un ser querido, la ruptura inesperada de una relación que creía inquebrantable, o el fracaso rotundo en un proyecto profesional al que había dedicado cuerpo y alma. En cada uno de esos momentos de crisis, la primera reacción, casi un reflejo primario, había sido la de buscar una causa, la de articular el recurrente y desesperado "por qué". Y encontrar esa causa, aunque fuera una conjetura parcial, aunque su validez fuera discutible o su lógica endeble, había actuado

como un ancla, permitiéndole seguir adelante. La causa, cualquier causa, tenía el poder de ordenar el caos emocional e intelectual, de transformar el acontecimiento en algo comprensible, enmarcable dentro de un esquema lógico o narrativo. Y lo comprensible, aunque doloroso, siempre resultaba más manejable y menos paralizante que lo incomprensible. No es que la explicación disminuyera el dolor o la tristeza, sino que permitía que esas emociones encajaran dentro de una narrativa coherente. Y son precisamente esas narrativas, esas historias que contamos para dar sentido a lo que nos sucede, lo que permite al ser humano metabolizar la experiencia más cruda, más inexplicable, integrándola en su propia historia vital.

Sin embargo, este reconocimiento profundo de la función dual de la explicación también arrastró consigo una verdad incómoda y potencialmente desestabilizadora: que muchas de las explicaciones que uno adopta y defiende, tanto a nivel personal como colectivo, no se sostienen primariamente por su inherente verdad o su correspondencia verificable con la realidad. Su fuerza y perdurabilidad residen más bien en su utilidad práctica, en su capacidad de permitirnos vivir y funcionar dentro de esa realidad. No se arraigan en la objetividad pura, sino en la eficacia que tienen para hacer la vida soportable, para construir un marco de sentido que nos permita avanzar. Y esta distinción, entre lo verdadero y lo útil, era de una importancia fundamental. Porque si las explicaciones eran, en su esencia más profunda, principalmente refugios emocionales y constructos de utilidad, entonces la pregunta central no era ya cuál de ellas era la más

verdadera en un sentido absoluto y trascendente, sino cuál de ellas, en su aplicación, permitía una vida más plena, más funcional, más digna. Y esa, sin duda, era una pregunta de una naturaleza completamente distinta, que desplazaba el foco de la metafísica a la ética y la pragmática vital.

El protagonista se encontró en una encrucijada existencial, sin saber muy bien qué hacer con esta comprensión tan penetrante. Por un lado, la idea le resultaba profundamente liberadora. Aligeraba el inmenso peso de una obsesión, a menudo infructuosa y agotadora, por desenterrar la verdad definitiva y universal, esa verdad inmutable que parecía esquiva. Si la verdad era, en parte, un constructo de utilidad, entonces la carga de encontrar "la única respuesta correcta" se disolvía. Pero, por otro lado, esa misma idea le parecía intrínsecamente peligrosa, una pendiente resbaladiza que amenazaba con abrir la puerta a una relativización total y descontrolada de todo conocimiento y valor. Si, como sugería su nueva epifanía, todas las explicaciones eran en última instancia meros refugios emocionales, entonces cualquier explicación, por absurda o perjudicial que fuera, podría considerarse válida siempre y cuando "funcionara" para alguien. Y esa conclusión, por instinto y por experiencia, simplemente no podía ser correcta. Debía existir, pensaba, alguna forma de discernir entre explicaciones que fueran objetivamente mejores o peores, más constructivas o más destructivas. Pero ese criterio de distinción ya no podía basarse únicamente en la verdad, porque la propia noción de verdad se había vuelto, en su mente, profundamente problemática y multifacética.

La distinción, entonces, tendría que buscarse en algo más allá de la correspondencia literal con los hechos: quizás en la coherencia interna de la explicación, en su consistencia lógica, en sus consecuencias prácticas y éticas a largo plazo, o en su capacidad demostrada para generar una vida no solo tolerable, sino profundamente habitable y significativa para los individuos y las comunidades. Sin embargo, incluso estos criterios, por sólidos que parecieran, eran a su vez provisionales y dependientes de otros marcos de valor, lo que llevaba inexorablemente al protagonista a un ciclo sin fin de cuestionamiento. Y así, con una angustiante circularidad, el problema fundamental volvía a aparecer, sin resolverse del todo, invitándolo a una nueva ronda de reflexión.

CAPÍTULO VIII: EL COSTO DE CREER

Para el protagonista, creer, en su acepción más profunda y transformadora, resurgía como una posibilidad, pero pronto comprendió que esta capacidad renovada no carecía de un precio. Observó con atención a quienes, a su alrededor, habían logrado edificar o reconstruir alguna forma de fe; no la ingenuidad incuestionable de la infancia, sino una convicción forjada en la fragua de la duda, plenamente consciente de sí misma como un acto de adhesión. Esta fe lúcida les confería una estabilidad existencial que él, en sus momentos de incertidumbre, no podía sino anhelar. Sin embargo, al escudriñar con mayor detenimiento la vida de estas personas, percibió que tras esa aparente solidez se ocultaba un costo, una factura emocional y filosófica rara vez visible, pero indudablemente presente, operando en las profundidades de su ser.

El primero y más patente de estos gravámenes era la renuncia implícita a la duda radical. No implicaba el abandono de toda curiosidad o examen crítico en la vida cotidiana, sino la abdicación de esa pulsión fundamental que incita a cuestionar las bases mismas de la existencia y el conocimiento. Creer, en este contexto, exigía la aceptación de un límite, un umbral donde el torrente de preguntas debía detenerse. Este punto de inflexión no era un descubrimiento lógico ni una revelación, sino una elección **consciente o, a veces, inconsciente** de no ir más allá, de trazar una línea donde la indagación se doblegaba ante la necesidad de la certeza. Era, en esencia, un corte arbitrario en la cadena interminable del cuestionamiento, quizá indispensable para la construcción de sentido, pero intrínsecamente desprovisto de una justificación

última más allá de la mera voluntad de creer. Reconocer esta arbitrariedad **saber que la base de la propia fe era, en última instancia, una elección sin fundamento externo** mientras se mantenía la convicción representaba un equilibrio psicológico y filosófico extraordinariamente precario y exigente.

El segundo tributo impuesto por la fe reconstruida residía en la tácita aceptación de una "ficción útil". Muchos de quienes regresaban a alguna forma de creencia lo hacían con la plena conciencia de que aquello en lo que depositaban su fe **fuera Dios, la promesa del Progreso, la ineludible marcha de la Justicia, la grandeza de la Humanidad o cualquier otro cimiento metafísico** no poseía una existencia objetiva y empíricamente verificable. Eran conscientes de que su fe se sustentaba en un constructo, en una narrativa poderosa y movilizadora, pero en el fondo, una ficción. Sin embargo, optaban por comportarse "como si" esa entidad existiera, "como si" fuera real, porque esta simulación les permitía habitar el mundo de una manera significativa y funcional que de otro modo les resultaría imposible. Esta decisión, si bien legítima en su búsqueda de sentido, los sumía en un estado de desdoblamiento permanente, en una paradoja existencial donde se creía y no se creía simultáneamente, donde la convicción era tanto un acto de voluntad como de adhesión. Tal tensión interna, esta constante oscilación entre la creencia adoptada y la conciencia de su carácter ficticio, no era una carga que todos pudieran soportar indefinidamente.

El tercer costo, sutil pero omnipresente, se manifestaba en la delegación, o al menos la relativización, de la responsabilidad personal. Al depositar la fe en una entidad o un principio que trascendía al individuo, se abría la posibilidad de atribuir a ese "algo más grande" la autoridad y la responsabilidad final sobre las propias decisiones. Ya no se decidía en el vacío de la propia autonomía, sino bajo el influjo o la guía de ese fundamento superior. Esto, sin duda, ofrecía un inmenso alivio, liberando al individuo del agobiante peso de una responsabilidad total sobre cada elección y sus consecuencias. Sin embargo, esta liberación conllevaba una renuncia implícita a la autonomía radical, a la posibilidad de ser el origen absoluto de las propias acciones y valores. Esta abdicación no era una cuestión menor, pues transformaba al sujeto de creador a mediador, de fuente a canal de una voluntad externa, ya se manifestara esta como la voluntad divina, la lógica inexorable de la Historia, o las inmutables leyes de la Naturaleza. La comodidad de la guía se adquiría al precio de la soberanía personal.

A medida que el protagonista desentrañaba estas complejidades, la comprensión crecía en él: creer no era una elección simplista, una mera inclinación emocional. Era, por el contrario, un acto de profunda implicación que acarrearba un conjunto de costos inherentes, muchos de los cuales no eran evidentes en la euforia inicial del redescubrimiento de la fe. Estos gravámenes no se disolvían por el hecho de que la fe proporcionara consuelo, propósito o estabilidad; seguían operando, a menudo en silencio, tejiendo su influencia en la trama existencial del creyente.

Tarde o temprano, enfrentarlos era ineludible. Algunos, tras el encuentro, juzgaban que los beneficios superaban con creces los sacrificios y se mantenían firmes en su convicción. Otros, por el contrario, encontraban los costos demasiado elevados y optaban por caminos diferentes. Pero lo que quedaba claro para el protagonista era que nadie podía eludir estas implicaciones, ya que formaban parte intrínseca de la estructura misma del acto de crear, sus sombras inseparables de su luz.

CAPÍTULO IX: LA FRACTURA DEL OBSERVADOR

Un problema aún más insidioso y profundo, hasta entonces inadvertido por el protagonista, comenzaba a revelarse: una verdad incómoda que se escondía tras las grietas del fundamento. No era simplemente el colapso de las estructuras de creencia o la disolución de la realidad lo que lo perturbaba. La verdadera fractura radicaba en el propio instrumento de la percepción: el mirador desde el cual se contemplaba el fundamento también se hallaba irremediadamente quebrado. La crisis, entonces, trascendía el objeto de la observación para permear la relación intrínseca entre observador y observado. Ya no existía un punto de vista neutral, un refugio immaculado desde el cual desentrañar el dilema, pues el propio observador se había convertido en una parte intrínseca del laberinto que pretendía comprender. Esta revelación no solo modificaba el problema, lo redefinía por completo.

Durante un tiempo incalculable, una creencia reconfortante pero engañosa había anidado en la mente del protagonista: la convicción de que él habitaba un espacio exterior al tumulto. Se veía a sí mismo como un analista desapasionado, capaz de examinar la situación con distancia y una objetividad prístina, comprendiendo su entramado sin comprometer su propia esencia en la maraña de sus implicaciones. Pero esta presunción, pilar de su autoconcepto, se reveló con dolorosa crudeza como una quimera. Él no era un testigo impávido del colapso del fundamento desde una fortaleza inexpugnable; era, por el contrario, una extensión vibrante de ese mismo colapso, una astilla más de la fractura universal. Sus esquemas de pensamiento, la naturaleza misma de su cuestionamiento, la incansable búsqueda de explicaciones,

todo ello estaba irrevocablemente teñido y atravesado por la omnipresente ausencia de un suelo firme. Para él, no existía un punto de vista privilegiado, una perspectiva superior desde la cual evaluar la magnitud y las causas de la situación. Solo quedaban, como fragmentos dispersos de un espejo roto, puntos de vista irremediabilmente situados, intrínsecamente parciales y profundamente comprometidos.

Esta comprensión demoledora implicaba que el problema carecía de una solución en el sentido tradicional, aquel que se concibe como el restablecimiento de un orden previo o la imposición de una nueva verdad absoluta. La resolución habría demandado, por fuerza, un punto de apoyo externo, una palanca arquimediana que trascendiera el problema mismo para poder moverlo y transformarlo. Pero esa palanca no existía; había sido despojada de la realidad, un vestigio de una epistemología ingenua. Por tanto, cualquier intento de intervención, cada estrategia diseñada para mitigar el caos, se convertía en una operación inmanente, un movimiento ejecutado desde dentro de la dificultad misma, incapaz de ofrecer una salida definitiva. Era un eco de la paradoja ancestral: intentar trazar el camino para salir de un laberinto utilizando un mapa dibujado con la tinta de sus propios pasillos enredados. El mapa, en su concepción, podía ofrecer una guía provisional, un simulacro de dirección, pero jamás una garantía de corrección o de escape. La única verificación posible de su validez habría residido en la acción de salir, una acción que el mapa mismo prometía y, a la vez, eludía.

El protagonista experimentó de nuevo la punzada del vértigo, pero esta vez su naturaleza era distinta, más íntima y perturbadora. No emergía de la vasta e impersonal ausencia de fundamento en el cosmos, sino de una desoladora carencia de fundamento en su propio ser, en la urdimbre de su existencia. No era el mundo lo que se le presentaba desprovisto de sentido, sino él mismo quien se hallaba despojado de un ancla, de un lugar coherente desde donde conferir significado a la vastedad desordenada del mundo. Su facultad de interpretar, su intrínseca capacidad de valorar, la complejidad de sus decisiones: todo ello pendía ahora de un hilo, cuestionado hasta su médula. Y, en la cruel lógica de esta nueva realidad, no había sendero para reconstruir tal capacidad sin antes ejercitarla, sin implicarse en el mismo acto que se encontraba bajo escrutinio. Era un círculo vicioso, una espiral ineludible que lo atrapaba en su lógica implacable.

Sin embargo, contra toda expectativa, el vértigo no lo sumió en la parálisis; por el contrario, actuó como un catalizador, una fuerza clarificadora que dispuso velos y reveló una nueva perspectiva. Si, como ahora entendía, no existía un punto de vista privilegiado que pudiera arrogarse una autoridad superior, entonces, por inferencia lógica, todos los puntos de vista se hallaban en una condición de igualdad posicional, intrínsecamente situados en la misma red de relaciones. Esto, cabe enfatizar, no implicaba que todos fueran igualmente válidos, una falacia relativista que habría negado cualquier distinción. Significaba, más bien, que la validez ya no podía medirse o evaluarse con la vara de un criterio absoluto, trascendente e inamovible.

La medida de lo verdadero, o al menos de lo funcionalmente aceptable, debía buscarse en criterios inmanentes, surgidos desde la experiencia misma: la coherencia interna de una perspectiva, su consistencia lógica a lo largo del tiempo, su capacidad probada para generar una existencia habitable, llena de propósito y significado, y una fundamental apertura a la revisión, a la autocrítica y a la transformación. Estos criterios, por supuesto, no ofrecían la certeza inquebrantable de la Verdad con mayúscula, esa quimera que se había desvanecido. Pero sí permitían trazar una distinción vital entre interpretaciones que enriquecían y aquellas que empobrecían, entre caminos que conducían a la comprensión y aquellos que solo profundizaban el extravío. Y, en este universo post-fundacional, eso, precisamente eso, era suficiente. No era un fundamento en el sentido tradicional, pero era un cimiento pragmático, un "algo" que, a pesar de su provisionalidad, permitía el avance.

**CAPÍTULO X: NADA
VOLVIÓ A
SOSTENER**

Semanas y luego meses transcurrieron, en una espiral temporal que se dilataba y contraía al compás de su búsqueda interna. Con una tenacidad teñida de desesperación, el protagonista anhelaba la disipación de aquel vacío lacerante. Se sumergió en libros, cultivó conversaciones profundas y se abrió a nuevas experiencias, esperando en vano que alguna chispa externa restaurara la estabilidad perdida. Sin embargo, el consuelo eludió todas estas sendas. La ausencia del fundamento no era una herida que el tiempo o las distracciones pudieran sanar, ni un enigma por desentrañar. Comprendió, con dolorosa lucidez, que no existía un cimiento real que se hubiera extraviado para ser recuperado. Aquello que había percibido como la base inquebrantable de su existencia no era más que una ilusión, una construcción mental que, al desmoronarse, no dejaba un hueco, sino la oportunidad de una percepción renovada. Las ilusiones, una vez desveladas, no regresan; se transfiguran, obligando al individuo a reconfigurar su entendimiento de la realidad.

Al principio, esta cruda constatación se tradujo en una profunda frustración, una sensación de fracaso personal que lo invadía a cada instante. Se recriminaba por no haber encontrado una respuesta definitiva, una solución sólida que tantos otros, en su idealizada percepción, parecían haber alcanzado. La carga de no estar a la altura de una expectativa autoimpuesta pesaba sobre sus hombros, alimentando un diálogo interno de insuficiencia. No obstante, a medida que los días se fundían en un flujo constante, la frustración comenzó a mutar, cediendo su lugar a una sensibilidad distinta, más matizada.

No era una resignación apática ni una aceptación pasiva del destino, sino una forma activa y consciente de "habitar" la situación. Ya no se trataba de solucionar un problema inherente al mundo o a su percepción de este, sino de desarrollar la capacidad de vivir con él, de integrarlo como parte intrínseca de su ser y de su relación con el entorno. Más que resolver la ausencia de un fundamento, se trataba de aprender a morar en esa misma ausencia, a hacerla su hogar.

Fue en este proceso de reajuste donde el protagonista empezó a percibir una verdad sorprendente: la vida, en su esencia más elemental, proseguía. A pesar de la profunda sacudida y la revelación de la falta de un fundamento metafísico, incontables elementos seguían importando, resonando con un valor intrínseco. Las relaciones humanas, profundas y complejas, mantenían su capacidad de nutrir y sostener; los proyectos creativos e intelectuales continuaban ofreciendo un sentido de propósito y dirección; momentos fugaces de belleza, alegría o conexión permanecían intensamente significativos. La importancia de estas experiencias no emanaba de justificación trascendente alguna o verdad universal, sino de la experiencia misma, de la innegable riqueza de la existencia. Era la textura palpable de la vida, la interconexión con otros seres, la simple y valiente decisión de perseverar sin la red de seguridad de garantías absolutas, lo que confería a todo un valor innegable.

Con el tiempo, el protagonista alcanzó una comprensión más profunda sobre la naturaleza de la estabilidad, dándose cuenta de que había estado persiguiendo un ideal ilusorio.

Su búsqueda se había centrado en una estabilidad absoluta, inquebrantable, garantizada por alguna ley superior o principio universal, una fortaleza que no dependiera de nada más que de sí misma. Sin embargo, tal estabilidad, comprendió, jamás había existido. Lo que la realidad ofrecía era una forma de equilibrio inherentemente provisional, constantemente negociada y cuidadosamente sostenida a través de un sinfín de decisiones y acciones cotidianas. Esta estabilidad, aunque carente de la perfección soñada, era suficiente precisamente porque era real, palpable en la cotidianidad. No era una roca inamovible, sino un delicado dinamismo, constantemente recreado y afirmado en cada instante vivido, en cada elección que tomaba.

En efecto, nada volvió a sostenerle de la manera rígida y absoluta en que lo hacía antes. No hubo una restauración milagrosa del fundamento, ni un retorno a la cómoda certeza de antaño. La ilusión de un ancla inmutable se había disuelto para siempre. Pero, contrariamente a sus miedos iniciales, tampoco hubo un colapso total, un abismo sin fin. En su lugar, se produjo una reorganización interna, una metamorfosis en su forma de interactuar con el mundo. Ya no necesitaba un suelo firme y preestablecido bajo sus pies; su nueva postura era la de un caminante sobre una cuerda floja. La meta no era encontrar un punto de apoyo definitivo e inamovible, sino confiar en su capacidad para dar el siguiente paso, y luego el subsiguiente, en una danza constante de equilibrio y movimiento.

Era una forma de avanzar no a pesar de la inestabilidad, sino a través de ella, descubriendo que la verdadera fortaleza residía no en la ausencia de movimiento, sino en la maestría de su propio devenir.

En esa marcha ininterrumpida, halló una nueva forma de ser y de habitar la propia incertidumbre.

CAPÍTULO XI: DESPUÉS DEL FUNDAMENTO

Vivir sin fundamento, lejos de abocar al caos o a la anarquía, significaba una metamorfosis radical en la forma de habitar la existencia. Era una condición intrínsecamente menos segura, sí, pero también paradójicamente liberadora, aligerada de los dogmas y estructuras rígidas que antes marcaban el rumbo. Esta nueva realidad exigía una atención consciente y perpetua, pues el andamiaje invisible de los automatismos **esas reacciones reflejas y certezas implícitas que nos orientan en lo cotidiano** se había desvanecido por completo. Ya no existía un sustrato inamovible sobre el cual cimentar acciones o justificar inacciones. Cada elección, por insignificante que pareciera, debía ser sopesada con lucidez renovada; cada jerarquía de valores, cada prioridad en el complejo entramado de la vida, demandaba una justificación explícita y personal. Nada se sostenía por inercia o peso propio; todo requería una reafirmación constante, un acto deliberado de voluntad y discernimiento.

Inmerso en esta nueva verdad, el protagonista pronto descubrió que esta peculiar forma de vida imponía exigencias propias y singulares. No se trataba de someterse a los imperativos de una moral absoluta e inmutable, ni de adherirse a un código de conducta predefinido por alguna autoridad trascendente. Las demandas eran mucho más sutiles, pero no por ello menos profundas. La principal de ellas era, sin duda, la responsabilidad. Al desvanecerse el fundamento, se esfumaba también la posibilidad de atribuir las propias decisiones a una entidad externa, a un principio superior que las legitimara. Ya no cabía la excusa de haber actuado de tal o cual manera porque "Dios lo mandaba",

porque "la razón pura lo exigía" o porque "la tradición lo prescribía". Ahora, cada acto, cada elección, cada postura, era ineludiblemente suyo. La persona se convertía, así, en el origen irrefutable de sus propias determinaciones, no porque poseyera una libertad absoluta e ilimitada, sino porque ya no existía una instancia superior, un tribunal último al cual delegar la ineludible carga de la responsabilidad final. Esta autonomía forzada, esta orfandad de justificaciones externas, transformaba la vida en un ejercicio constante de autointerrogación y autodeterminación.

Paralelamente, surgió la imperiosa necesidad de la apertura, una receptividad radical a lo inesperado y lo diferente. Sin un fundamento absoluto, ninguna posición, por sólidamente construida que pareciera, podía considerarse definitiva o inexpugnable. Todo se volvía susceptible de revisión, de reevaluación y, si fuera necesario, de transformación. Esta actitud no se confundía con un relativismo superficial, donde todas las verdades carecen de peso; al contrario, implicaba un profundo falibilismo. Uno podía sostener una postura con convicción, comprometerse con ella con todo su ser, e incluso defenderla apasionadamente. Sin embargo, este compromiso siempre debía ir acompañado de la conciencia humilde de su propia contingencia, de la posibilidad inherente de que pudiera ser errónea o incompleta. Lejos de debilitar la posición, esta autoconciencia la dotaba de una honestidad y una solidez existencial mucho mayores. Era una invitación constante a la reflexión crítica, a la superación de los propios marcos mentales y a la búsqueda de una comprensión más matizada y profunda, siempre en progreso, nunca acabada.

Una tercera exigencia, inextricablemente ligada a las anteriores, era la profunda y esencial relación con los otros. Sin un fundamento trascendente que revelara la verdad de forma unívoca, el acceso a cualquier forma de comprensión se tornaba una empresa intrínsecamente comunitaria, jamás solitaria. La verdad, si es que acaso existía algo merecedor de tal nombre en este nuevo paradigma, no era un objeto estático a descubrir en la soledad contemplativa. Era, más bien, un constructo dinámico, una edificación continua que surgía y se moldeaba en el crisol del diálogo, en la enriquecedora fricción de la confrontación de ideas y en el delicado arte de la negociación de perspectivas. En este contexto, los otros dejaron de ser meros obstáculos para la búsqueda individual; se revelaron, por el contrario, como las condiciones mismas de su posibilidad. Eran los espejos vivientes que podían reflejar los puntos ciegos de la propia visión, las inconsistencias lógicas inadvertidas, las presuposiciones arraigadas y no examinadas. Sin esa interacción crítica, sin la voz y la mirada del otro, uno corría el riesgo inminente de quedar confinado en la prisión de su propio marco conceptual, incapaz de trascender sus límites y acceder a una visión más amplia y matizada del mundo y de sí mismo.

Finalmente, vivir sin fundamento implicaba una aceptación radical e incondicional de los límites inherentes a la condición humana. Se desvanecía la ilusión de la omnisciencia, la pretensión de control absoluto sobre el destino o de predecir cada giro del futuro. Se imponía la cruda realidad de una opacidad irreductible que permea toda experiencia humana.

Esta opacidad no era percibida como un defecto a superar, una falla en el sistema que debía ser corregida, sino como una característica constitutiva, un rasgo esencial de la existencia misma. El ser humano, comprendió el protagonista, no es transparente para sí mismo; no posee un acceso total e ilimitado a las profundidades de sus propias motivaciones, a la complejidad de sus deseos más recónditos, a la intrincada red de sus contradicciones internas. Y la pretensión de alcanzar esa transparencia absoluta era, en sí misma, una forma sofisticada de huida, una negación de la realidad. La tarea ya no era disipar la oscuridad para alcanzar una claridad ilusoria, sino aprender a habitar la penumbra, a moverse con gracia y sabiduría en la opacidad, aceptándola como parte inalienable de la aventura de estar vivo.

**CAPÍTULO XII: LO
QUE PERMANECE
CUANDO TODO
FALLA**

En este nuevo paisaje de incertidumbre, el protagonista se vio inmerso en una reflexión fundamental: qué persistía, qué vestigios de la existencia humana resistían el embate de la ausencia de un fundamento inmutable. No buscaba teorizar sobre lo que *debía* quedar, sino constatar con honestidad brutal lo que, a pesar de todo desmoronamiento conceptual, *efectivamente* permanecía. La primera verdad, incontestable incluso en la más densa niebla de la incertidumbre, fue la imperiosa necesidad de la decisión. Descubrió que, por vasto que fuera el vacío del fundamento, la vida misma conminaba a elegir, a trazar un sendero entre las incontables bifurcaciones del presente. La no-decisión, paradójicamente, se revelaba como una elección pasiva, una abdicación que reafirmaba la inevitabilidad del acto. Esta constante obligación de decidir y actuar llevaba consigo una responsabilidad intrínseca e ineludible. No se trataba de una libertad metafísica y absoluta, que a menudo se percibía más como carga que como don, sino de una verdad mucho más pragmática y visceral: nadie más podía vivir la vida del individuo, transitar sus dilemas o asumir sus consecuencias. Así, la responsabilidad dejaba de ser un dictado moral externo para convertirse en una condición inherente a la autonomía existencial.

La segunda verdad inquebrantable que el protagonista discernió en este escenario post-fundacional fue la inextirpable naturaleza de la relación con otros. Lejos de ser una entidad autosuficiente, un monólogo solitario en la vasta inmensidad del universo, el ser humano se manifestaba como un ser intrínsecamente relacional.

La construcción del sentido y de la identidad misma no hallaba cabida en un aislamiento hermético; exigía el eco, el reflejo, el desafío que solo los otros podían ofrecer. El reconocimiento mutuo, la confirmación de la propia existencia y valía a través de las miradas ajenas, la resistencia que ofrecían puntos de vista disímiles que forzaban a reevaluar las propias convicciones; todo ello trascendía lo meramente accesorio. Los otros, con su radical alteridad, no eran simples personajes secundarios en la narrativa personal, sino elementos constitutivos de la trama misma de la identidad. Esta dependencia mutua, esta interconexión ineludible, no representaba una debilidad vergonzosa a superar, sino una condición ontológica fundamental. Sin la interacción con otros, sin la intrincada red de relaciones que tejemos a lo largo de la vida, el sujeto se disolvía, quedando reducido a un mero organismo biológico operando en un vacío de significado, incapaz de erigir una conciencia plenamente humana.

Una tercera constante, tan irrefutable como las anteriores, se hacía patente en la presencia ineludible de los límites. Límites impuestos por el cuerpo mortal y su fragilidad inherente, por la finitud del tiempo concedido, por la capacidad restringida de nuestra comprensión y nuestra razón. El protagonista comprendió que no todo era posible; el anhelo humano de omnipotencia y omnisciencia chocaba frontalmente con estas barreras infranqueables. No se podía hacer todo lo que se deseaba, ni vivir indefinidamente, ni tampoco abarcar la totalidad del conocimiento. Estos límites, lejos de ser meros obstáculos externos que una voluntad lo suficientemente férrea o un intelecto agudo podrían, con tiempo y esfuerzo,

sortear, eran, en realidad, parte constitutiva e intrínseca de la condición humana. Reconocer y aceptar estos límites no implicaba una actitud derrotista o de resignación pasiva, sino un profundo acto de realismo. Este realismo, a su vez, se convertía en la auténtica base, el punto de partida sólido, desde el cual cualquier empresa genuina de construcción de sentido o de proyecto de vida podía erigirse, libre de las ilusiones y fantasías de una perfección inalcanzable.

Además de estas verdades estructurales, el protagonista identificó algo más sutil, algo que no encajaba en la categoría de fundamento filosófico tradicional, pero que operaba con una fuerza y una verdad innegables: la rica y densa textura de la experiencia concreta. No se trataba de las grandilocuentes abstracciones o de los complejos sistemas conceptuales, sino de la miríada de cosas pequeñas, a menudo inadvertidas en su obviedad cotidiana, que, sin necesidad de justificación filosófica alguna, poseían un peso existencial propio. El simple sabor de una comida compartida, la calidez inesperada de una conversación profunda con un amigo, la íntima satisfacción derivada de un trabajo bien hecho o la punzante incomodidad que seguía a una mentira. Estas experiencias no requerían anclaje en ninguna metafísica grandiosa; simplemente *eran*, ocurrían, y su mera presencia, su inmediatez y su impacto directo en la sensibilidad, bastaba para conferirles una importancia irrefutable. Eran puntos de anclaje, pequeños faros en el mar de la incertidumbre, que ofrecían una forma de realidad palpable cuando las grandes estructuras conceptuales se desmoronaban.

Al final, lo descubierto no era, ni de lejos, un sistema completo y acabado. No ofrecía una respuesta definitiva a todas las preguntas existenciales, ni prometía la seguridad de un fundamento inexpugnable. Pero era, innegablemente, *algo*. Era un punto de apoyo, un lugar provisional desde donde empezar a edificar; no una certeza pétreo, sino una serie de compromisos renovables capaces de adaptarse a la cambiante marea de la experiencia. No eran verdades absolutas y eternas, sino verdades situadas, contextualmente válidas, que reconocían su propia falibilidad sin por ello perder su potencia como guías para la acción. Y desde este lugar precario, pero innegablemente real, se vislumbraba la posibilidad de construir una vida. Quizás no una vida perfecta, ni exenta de conflictos, pero sí una vida habitable. Una vida que, al enfrentarse a la ausencia de fundamento, paradójicamente encontraba su fortaleza en la honestidad de no necesitar ya grandes mentiras o autoengaños para sostenerse, sino en la autenticidad de su propia y compleja realidad.

**EPÍLOGO: NO
HABÍA UN CENTRO**

Al concluir un largo y sinuoso recorrido existencial, el protagonista se topó con una comprensión que, en lo más hondo de su ser, percibía como una verdad latente, aguardando ser desvelada. No existía un centro; nunca lo había habido. Esta revelación no era la constatación de una pérdida, como si un punto de anclaje fundamental se hubiera desvanecido del universo. Más bien, representaba el reconocimiento de que la búsqueda misma de tal centro había sido una quimera, la infructuosa persecución de algo que, por su propia naturaleza, jamás había poseído una existencia objetiva, forjada únicamente por la profunda necesidad humana de orden y sentido. La ausencia ineludible de un eje gravitatorio, tanto en el cosmos como en la existencia personal, impulsó al ser humano a proyectar la idea de un sustento, de una verdad última capaz de conferir coherencia al caos y dirección a la deriva. Y esa necesidad primordial, esa sed inextinguible de significado, fue tan poderosa que, durante milenios, logró sostener la frágil, pero tenaz, ilusión de que dicho centro no solo era posible, sino una realidad ineludible.

Sin embargo, toda ilusión, por robusta que parezca, confronta sus propios límites. La ruptura no fue el acto deliberado de un agente externo que la aniquilara, sino el gradual debilitamiento de las estructuras que la sostenían. Las grandes narrativas cósmicas y teleológicas, los sistemas filosóficos grandilocuentes y las verdades dogmáticas que antaño sirvieron de pilares para esta ilusión, comenzaron a flaquear bajo el peso de nuevas observaciones, preguntas incisivas y una creciente autonomía del pensamiento. Al perder credibilidad y capacidad aglutinadora, estas narrativas se

desmoronaron, revelando la verdadera esencia del "centro": una construcción puramente humana, una invención cultural y psicológica concebida para navegar la complejidad de la existencia. Era una edificación útil, incluso necesaria para el desarrollo de civilizaciones y el establecimiento de valores compartidos, pero una construcción, al fin y al cabo, desprovista de una existencia intrínseca más allá de la mente que la concibió. Reconocer esta naturaleza construida no implicaba caer en un nihilismo desesperanzador, sino ascender a un plano de lucidez, una visión despojada de autoengaños que, aunque inicialmente desoladora, liberaba la mente de falsas expectativas.

El verdadero dilema, entonces, no radicaba en la descorazonadora certeza de que no había un centro, sino en la obstinada expectativa de que, por derecho o por imperativo, debía haberlo. Esta expectativa no solo carecía de fundamento, sino que se manifestaba como la fuente misma de gran parte de la frustración existencial, de la angustia metafísica que corroía el alma y de la búsqueda desesperada e inútil de algo inhallable. La tenacidad con la que se perseguía este fantasma impedía al protagonista, y por extensión a la humanidad, vislumbrar y abrazar otras formas de construir sentido. Mientras la mirada se aferraba a un punto inexistente, se escapaba la oportunidad de edificar algo distinto: una red de significado distribuida, donde la relevancia emergiera de las relaciones interconectadas y las interacciones dinámicas; un sentido provisional, adaptable y en constante reconfiguración, que no demandara el respaldo de garantías metafísicas eternas para afirmar su valor y su

peso en la realidad concreta. La validez ya no se encontraría en un origen trascendente, sino en la autenticidad y la resonancia de la experiencia vivida.

Esta profunda comprensión, aunque despojó al protagonista de la consoladora ilusión de paz que otorga una verdad inamovible, le brindó algo que resultó ser mucho más pragmático y liberador: una inquebrantable claridad. Claridad sobre las fronteras de lo posible y lo imposible, un discernimiento agudo sobre qué empresas eran dignas de ser perseguidas y cuáles se reducían a meras fantasías fútiles. Le permitió distinguir con precisión lo que dependía intrínsecamente de su propia agencia, de su voluntad y sus acciones, de aquello que yacía irrevocablemente fuera de su control, inherente a la condición humana o a la naturaleza del cosmos. Armado con esta renovada perspectiva, pudo finalmente abandonar la fatigosa búsqueda de lo inalcanzable, de ese centro ilusorio, para volcar su energía en la construcción activa de lo que sí era viable. No se trataba de edificar una vida anclada en un fundamento externo e inmutable, sino una vida imbuida por un sentido forjado desde dentro, una significación que emanaba directamente de la decisión consciente y continuada de crearla y sostenerla.

Y así, la ausencia de un centro dejó de ser una deficiencia para transformarse en una nueva premisa. Quizás el error fundamental no había sido la inexistencia de ese punto de apoyo universal, sino la imperiosa e irrenunciable necesidad que la conciencia humana había proyectado sobre él. La verdadera empresa, la más honesta y desafiante, ya no

consistía en desenterrar un centro oculto, sino en el audaz aprendizaje de vivir plenamente sin él, de danzar en el vacío sin caer en el abismo del desinterés. Esta tarea, lejos de ser un destino final o una epifanía puntual, se revelaba como un proceso constante, una labor diaria y permanente que carecía de un punto de llegada definitivo. Era un compromiso incesante con la realidad tal como era, una apuesta por la autenticidad en un universo indiferente, y en esa honestidad radical residía una fuerza y una dignidad que superaban con creces las promesas engañosas de cualquier verdad absoluta.

Reflexiones Sobre La Identidad

Sin Sustancia

La pregunta fundamental por la existencia de un centro, explorada en el ámbito metafísico y social, trasciende esas esferas para adentrarse profundamente en la constitución misma del ser. Así, la interrogante sobre el fundamento se transforma de una mera disquisición abstracta en una cuestión visceral de identidad personal. La modernidad, impulsada por la razón y la autonomía, erigió una concepción del ser humano anclada en la creencia de un elemento inmutable en su interior: un núcleo sólido, una esencia perdurable, un "yo verdadero" que subsistía impasible ante las vicisitudes del tiempo y los cambios superficiales de la experiencia. Este "yo" fue concebido como la piedra angular de la identidad, aquello que permitía a cada individuo autoafirmarse con inquebrantable convicción y preservar esa unicidad a lo largo del vasto río de la vida.

Sin embargo, al igual que el centro externo, este "yo" interno ha perdido también su evidencia incondicional, transmutándose en un concepto problemático y elusivo. Ya no podemos afirmar con la misma rotundidad que el yo que creemos ser hoy es idéntico al que fuimos una década atrás, y esta metamorfosis no obedece a simples cambios de circunstancias externas. Radica en una profunda reconfiguración de cómo nos percibimos y nos narramos a nosotros mismos. La identidad, lejos de ser un dato fijo e inmutable, se revela como un proceso dinámico de constante

interpretación y reinterpretación, una obra en perpetua construcción que jamás alcanza un punto final. No existe ese momento de culminación en el que uno "llega" a su identidad verdadera para reposar en ella con certeza inamovible.

Esta revelación genera una incomodidad inherente, una punzada existencial que nos confronta con la intrínseca provisionalidad de nuestra propia existencia. Implica que la imagen que tenemos de nosotros mismos es, en el mejor de los casos, una versión temporal, un borrador que inevitablemente será revisado, modificado y, quizás, incluso descartado. Ante esta incesante fluidez, emerge la pregunta crucial: ¿qué es, entonces, lo que confiere cohesión y continuidad a la identidad? Si no hay un anclaje permanente en el ser, ¿qué garantiza que el "yo" de hoy sea, en esencia, el mismo que habitó el pasado o el que se proyecta hacia el mañana? La angustia de la disolución se cierne, exigiendo una respuesta que vaya más allá de la mera constatación del cambio.

La búsqueda de esa respuesta nos obliga a descartar explicaciones simplistas. La biología, con su aparente solidez material, no puede ofrecer la consistencia anhelada, pues el cuerpo mismo es un flujo constante: las células se regeneran, los tejidos se renuevan y el cuerpo que hoy habitamos es fisiológicamente distinto al de hace siete años. A pesar de esta metamorfosis biológica, persiste la sensación de unicidad, de ser el mismo individuo. Tampoco la psicología, con sus vastos archivos de recuerdos y creencias, puede ser el fundamento último.

Los recuerdos son maleables, las convicciones evolucionan y los deseos se transforman con cada nueva experiencia. No existe un contenido psicológico estático que sirva como garante inquebrantable de la continuidad identitaria, sino más bien una corriente siempre en movimiento.

Lo que, en última instancia, sostiene la identidad no es una sustancia inmutable *ni biológica ni psicológica*, sino la sutil y poderosa urdimbre de una narrativa. Es la historia que cada uno teje sobre sí mismo; un relato personal que conecta el "yo" del ayer con el del presente y esboza las aspiraciones de un "yo" futuro. Esta narrativa no se precia de ser una verdad objetiva e inalterable, verificable por criterios externos, sino que su verdad reside en su funcionalidad. Su valor estriba en su capacidad para otorgar coherencia a la fragmentada y caótica experiencia vital, ordenando eventos, emociones y decisiones en una secuencia con sentido. Mientras este relato logra mantener su fuerza cohesiva, la identidad personal se sostiene, proporcionando un marco de referencia para la acción y la comprensión. Pero si esa narrativa se fractura, si las piezas ya no encajan o se revela insostenible, la identidad misma se resquebraja, exigiendo la ardua pero liberadora tarea de construir un nuevo relato y, con él, una nueva versión de sí mismo.

El Problema De La Autenticidad

Al concebir la identidad como una narrativa en perpetua gestación y reconfiguración, la noción de autenticidad experimenta una transformación radical, desvelando una paradoja inherente. Clásicamente, la autenticidad se ha interpretado como una lealtad inquebrantable a un "yo" esencial, un núcleo inmutable que yace en lo más profundo de nuestro ser, aguardando ser descubierto y plenamente manifestado. Sin embargo, si esta "verdadera esencia" no es más que una ficción constructiva, un relato que forjamos para conferir sentido a nuestra experiencia vital, la búsqueda de autenticidad se torna intrínsecamente problemática. ¿Cómo podemos ser fieles a algo que, por su propia naturaleza, es transitorio y adaptable? La idea de una esencia fija a la cual "retornar" o "adherirse" se desvanece, sumiéndonos en un terreno existencial incierto donde la autenticidad, tal como la concebíamos, parece desprovista de un cimiento sólido. Esta disolución del yo sustancial no invalida nuestra experiencia subjetiva, pero sí exige una reevaluación fundamental de nuestra comprensión de la verdad personal.

A pesar de esta aparente ausencia de fundamento, la exigencia de autenticidad no solo persiste en la conciencia contemporánea, sino que a menudo se intensifica, manifestándose como un anhelo profundo de vivir en consonancia con uno mismo. El individuo moderno, asediado por roles preestablecidos y expectativas externas, siente una

imperiosa necesidad de singularizarse, de "no imitar a otros", de "no adoptar máscaras ajenas" y, sobre todo, de "no traicionarse". Pero esta persistencia nos impulsa a una pregunta crucial: ¿a qué, exactamente, se adhiere uno cuando se declara auténtico en un mundo sin un yo esencial? Si no hay una verdad interna preexistente, si solo existen las narrativas que elegimos y adaptamos, ¿no es la autenticidad misma una de estas narrativas? Quizás la más seductora y, a la vez, la más elusiva. Se nos presenta entonces como un juego de espejos: la autenticidad, en su afán por revelar una verdad oculta, podría estar, de hecho, erigiendo otra capa de ficción, otro relato que nos contamos sobre quiénes somos, pero sin un referente último al cual asirse.

Desde esta perspectiva, el protagonista de nuestra reflexión alcanzó una comprensión más matizada: la autenticidad operaba menos como un estado final alcanzable y más como un ideal regulativo, una tensión dinámica y perpetua que se habita, no que se resuelve. No se trata de alcanzar un punto en el que uno pueda afirmar "soy auténtico" y reposar en esa certeza, sino de mantener un delicado equilibrio entre las múltiples fuerzas que nos constituyen. Esta tensión se manifiesta en el constante forcejeo entre lo que uno es en el presente y lo que aspira a ser, entre las expectativas impuestas por el entorno social y las profundas demandas que emergen del fuero interno. Es una danza entre la adaptación al mundo exterior y la resistencia a diluirse en él, entre conformarse y afirmarse. Esta negociación incesante no busca una síntesis definitiva, sino un espacio habitable dentro

de la propia contradicción, un lugar donde la identidad se forja en el acto mismo de equilibrar fuerzas opuestas.

En lugar de una arqueología del yo, la autenticidad se revela como una labor de construcción.

No consiste en el descubrimiento pasivo de un "yo verdadero" preexistente, sino en la edificación activa de un "yo coherente", una narrativa vital que logre integrar las distintas facetas de la experiencia sin incurrir en contradicciones insostenibles. Este proceso constructivo implica una autodefinición que, si bien debe distanciarse de ser meramente la suma de las expectativas ajenas, tampoco puede caer en la invención arbitraria de un yo completamente desconectado de la realidad. Es un acto de equilibrio constante, un intento de mantener una armonía precaria entre la autoafirmación de la propia voluntad y el reconocimiento de la alteridad, entre la libertad individual de ser y los vínculos que nos definen en relación con los demás. La autenticidad se convierte así en la capacidad de tejer un relato de vida que, sin ser inmune al cambio, ofrezca un sentido de continuidad y propósito en el devenir.

Sin embargo, este equilibrio, como toda obra en construcción, dista de ser estático. Requiere ajustes constantes, revisiones periódicas, porque el entramado de nuestra existencia ***las circunstancias externas, las relaciones interpersonales, incluso la propia comprensión interna de uno mismo*** está en flujo perpetuo. Lo que en un momento se sintió como una expresión genuina de autenticidad, una verdad incontestable, puede, con el paso del tiempo, perder su resonancia o incluso

volverse obsoleto. Esto no implica una "traición" a una esencia inmutable, sino el reconocimiento de que la esencia misma, si tal cosa existe, es fluida y dinámica.

Redefinir la autenticidad en este contexto no significa abandonar su búsqueda, sino comprenderla como la coherencia que emerge en medio del proceso de transformación. Es la capacidad de integrar los cambios, las nuevas experiencias y las diferentes versiones de uno mismo en una narrativa unificada, aunque siempre provisional, que permite seguir siendo uno mismo a través de la metamorfosis, un testimonio constante de nuestra capacidad de autoconstrucción y reinención.

La Fragilidad Del Sentido

Compartido

En épocas pasadas, el fundamento no solo otorgaba cohesión y rumbo a la vida individual, sino que también cimentaba el sentido compartido de la sociedad. Existía un intrincado tejido de valores tácitos, creencias irrefutables y símbolos colectivos que servían de referencia común, una gramática esencial para comprender el mundo y desenvolverse en él. Estos pilares no exigían justificación explícita; su veracidad y pertinencia se asumían evidentes, arraigadas en la tradición, la experiencia y un consenso incuestionable. Constituían el suelo firme sobre el que se erigía la existencia colectiva, la base de la confianza mutua y la previsibilidad social. Sin embargo, en el devenir contemporáneo, esta roca inamovible ha revelado su profunda porosidad, su incapacidad para mantener su solidez original, volviéndose vulnerable a las dudas y a la disolución de lo que otrora fue incuestionable.

El protagonista percibía con una creciente e innegable inquietud la inexorable fragmentación de este sentido compartido. La sociedad dejaba de ser un todo coherente para manifestarse como un caleidoscopio de identidades cada vez más definidas y autoencapsuladas. Cada grupo, cada comunidad, cada subcultura e incluso cada individuo parecía haber forjado y custodiado sus propios marcos de referencia, sus lentes particulares para interpretar la realidad. Lo más problemático no residía en la mera divergencia de estos marcos, sino en su intrínseca incompatibilidad.

Lo que para unos representaba una verdad inquebrantable o un valor irrenunciable, para otros se tornaba una abstracción incomprensible, un absurdo o, peor aún, una amenaza. No se trataba de una simple disparidad de opiniones, sino de la ausencia de un metalenguaje común, de un "código universal" que permitiera traducir las experiencias y certezas de un marco a otro. La imposibilidad de hallar un fundamento compartido al cual apelar para dirimir, o al menos comprender, las diferencias, se alzaba como una barrera insuperable.

Esta coyuntura no anulaba el diálogo, pero redefinía radicalmente sus premisas. Ya no podía asumirse como un intercambio natural entre interlocutores que compartían puntos de partida similares. Ahora exigía un esfuerzo titánico, una voluntad consciente y deliberada de trascender el propio punto de vista. Demandaba la capacidad de aprehender marcos de pensamiento y sentir radicalmente distintos, no con la intención de reducirlos al propio o juzgarlos desde una superioridad moral, sino con una genuina curiosidad y respeto por su coherencia interna. Fundamentalmente, requería la habilidad de suspender temporalmente las propias certezas, de pausar la propia convicción para poder adentrarse en la lógica ajena. Sin embargo, esta capacidad era infrecuente, casi contracultural, pues suspender las propias certezas generaba una profunda inseguridad existencial, un vértigo ante el vacío que, en un contexto ya desprovisto de sólidos fundamentos, resultaba simplemente intolerable para la mayoría.

El resultado previsible de esta incapacidad para habitar la inseguridad y la escasez de terreno común era una polarización creciente y acelerada. Esta polarización trascendía lo meramente político para adentrarse en lo epistemológico, lo ético e incluso lo emocional.

Cada grupo se atrincheraba con mayor fervor en la fortaleza de su propio marco, desestimando los demás como intrínsecamente falsos, peligrosos o moralmente reprobables. Esta condena no se sustentaba en argumentos lógicos o evidencias empíricas debatibles en una plaza pública compartida. Se fundaba, en cambio, en intuiciones profundas, en una "evidencia" que se sentía irrefutable dentro de los límites del propio marco de referencia, pero que carecía de resonancia o comprensión fuera de él. Así, el diálogo auténtico se tornaba prácticamente inviable, no tanto por una ausencia de buena voluntad individual **que a veces existía**, sino por la devastadora falta de un terreno común, de un espacio compartido donde las palabras pudieran encontrarse y los significados pudieran negociarse.

El protagonista, consciente de la magnitud del abismo que se abría, no abrigaba la ilusión de poseer una solución sencilla o un antídoto milagroso para este problema fundamental. Sin embargo, lo que sí tenía claro, con una convicción que lindaba con la angustia, era que ignorar esta fragmentación no era, bajo ninguna circunstancia, una opción viable. Porque la disolución del sentido compartido no se limitaba a afectar la cohesión de la vida colectiva, las dinámicas sociales o la gobernabilidad de las naciones. Su impacto se infiltraba, de manera sutil pero devastadora, en la propia textura de la vida

individual. El sentido personal, la razón de ser, las motivaciones más íntimas de cada ser humano, no se construyen en un vacío existencial. Se forjan y se nutren en constante relación con los otros, en el espejo de las narrativas compartidas y los propósitos comunes.

Si ese entramado de sentido colectivo se deshilacha, la construcción del sentido individual se vuelve exponencialmente más precaria, más ardua, inmersa en una soledad que abrumba y aísla. El problema del fundamento, por tanto, dejaba de ser una mera disquisición filosófica para revelarse como un desafío ineludiblemente político, social y, en su esencia más profunda, existencial.

La Tentación Del Retorno

En el vasto desierto de la incertidumbre, una tentación profunda y casi irresistible acechaba: la de volver. No era un mero anhelo nostálgico por un pasado idílico, sino una pulsión existencial por regresar a la certeza, a la fe inquebrantable, a un tiempo mítico donde las cosas poseían un sentido intrínseco, tan evidente que no exigía la extenuante carga de la justificación constante. Esta inclinación no surgía de la caprichosidad o la irracionalidad; al contrario, brotaba de una comprensión visceral de la condición humana, de su necesidad profunda de arraigo y significado. La vida sin un fundamento sólido se revelaba como una tarea extenuante, un esfuerzo incesante por mantenerse a flote en un océano de posibilidades y riesgos. Implicaba tomar decisiones cruciales sin la tranquilizadora certidumbre de garantías absolutas, y demandaba soportar una incertidumbre crónica sin la dulce promesa de su eventual disipación. No todos los seres humanos estaban preparados o dispuestos a cargar con ese peso existencial indefinidamente, y la búsqueda de un asidero firme se transformaba en una necesidad vital, casi un instinto de supervivencia.

El protagonista, con una mirada comprensiva pero distante, observaba cómo algunos individuos e incluso colectividades sucumbían a la poderosa atracción de este retorno. No se trataba de un acto de capitulación consciente o una decisión explícita y dramática, sino de un proceso gradual, casi imperceptible en sus inicios. Comenzaban por abrazar pequeñas certezas, fragmentos de verdad o principios que

ofrecían un mínimo consuelo y orientación. Poco a poco, estas certezas se expandían, se consolidaban, entrelazándose hasta formar un sistema coherente. Finalmente, ese sistema cristalizaba en un nuevo fundamento, una reconstrucción meticulosa de lo que alguna vez se había desmoronado. Este fundamento recreado operaba de manera análoga a los previos, a aquellos que se habían dado por sentados: proporcionaba estabilidad en un mundo fluctuante, ofrecía una ilusoria coherencia frente a la complejidad, y otorgaba la preciada sensación de que, una vez más, había algo sustancial y firme bajo los pies, un ancla en la tormenta de la existencia moderna.

Sin embargo, el protagonista discernía el problema inherente a esta solución aparente: la fragilidad intrínseca de esos fundamentos restituidos. Su solidez no residía en una verdad autoevidente o en un descubrimiento irrefutable, sino en una decisión deliberada y sostenida de no cuestionar. Esta elección, a su vez, requería una vigilancia constante, una especie de censura interna y externa para mantener a raya cualquier elemento disonante. Implicaba un esfuerzo continuo por esquivar las preguntas incómodas que pudieran perforar su superficie, y por erigir muros protectores contra las experiencias capaces de sembrar la duda y socavar la validez del fundamento recién construido. Esta protección, paradójicamente, engendraba rigidez, una incapacidad para adaptarse y una intolerancia creciente hacia todo lo que no encajaba en su marco autoimpuesto. Quienes pensaban diferente no eran vistos como meros interlocutores, sino como enemigos, no necesariamente por representar un peligro real,

sino porque su mera existencia, su forma alternativa de interpretar el mundo, ponía en entredicho y amenazaba la validez de esa reconstrucción tan arduamente lograda, ese refugio existencial edificado sobre la evasión.

Con una profunda empatía, el protagonista se negaba a juzgar a quienes elegían la senda del retorno. Comprendía la acuciante necesidad que impulsaba esa elección, la búsqueda desesperada de paz en un alma fatigada por la precariedad. No obstante, no podía ignorar los altos costos que conllevaba esta aparente solución. Para él, el retorno sencillamente no era una opción viable, y no por una supuesta superioridad moral o una lucidez innata. Su imposibilidad radicaba en una experiencia intransferible: él ya había vislumbrado lo que se ocultaba «detrás de la cortina», ya había atravesado el umbral de la ausencia del fundamento. Una vez que la mente y el espíritu han experimentado esa vacua y vertiginosa libertad, una vez que la ilusión de la certeza ha sido disipada, no es posible simplemente borrar ese conocimiento. Se puede intentar reprimirlo, negarlo con vehemencia, pero la impronta de esa experiencia perdura, latente en la conciencia. Tarde o temprano, como una corriente subterránea, resurge, recordando la verdad desnuda de la inexistencia de un ancla eterna, haciendo que cualquier intento de reconstrucción artificial se sienta como una farsa insostenible.

Así, la única senda auténtica que se abría ante el protagonista era la de seguir adelante. No había posibilidad de retroceder a una inocencia perdida, ni de permanecer en la parálisis de

la desesperanza. El camino era avanzar sin la ilusión de un fundamento preestablecido, aceptar la tarea de construir sentido sabiendo que cada estructura erigida es inherentemente provisional y efímera. Implicaba la audacia de tomar decisiones con la plena conciencia de que podrían ser erróneas, y el coraje de comprometerse con proyectos vitales sin la quimérica garantía de un éxito asegurado. No era, en absoluto, una opción cómoda; de hecho, era un camino sembrado de dudas y de constante autointerrogación. Pero, en la profunda convicción del protagonista, era la única opción honesta. Y en un mundo que se despojaba de sus viejas máscaras y verdades autoevidentes, la honestidad, esa cruda confrontación con la realidad de la ausencia, se alzaba como un valor más primordial y esencial que cualquier consuelo pasajero, superando con creces la seducción de una comodidad basada en el autoengaño.

El Error De La Neutralidad

En el laberinto de una existencia sin anclajes, donde la búsqueda de un asidero era una incesante y extenuante odisea, emergió una nueva quimera, no menos seductora: la tentación de la neutralidad. Esta no prometía un regreso a verdades inamovibles, sino una liberación de otro tipo: la de la indiferencia pura. Si bien su experiencia le había desvelado la fragilidad de todo fundamento y la ardua tarea de edificar un sentido provisional, la neutralidad se erigía ahora como un bálsamo para la fatiga. Ofrecía la lógica engañosa de que, al carecer de una verdad última o un valor objetivo que legitimase una posición por encima de otra, todas las posturas devenían intrínsecamente equivalentes. Bajo esta premisa, el camino más prudente, incluso el más sabio, parecía ser el de la abstención, el de una observación distanciada y descomprometida; la cómoda postura del escéptico impassible, del relativista satisfecho o del ironista profesional que se deleita en la demolición de toda convicción sin proponer ninguna propia.

El protagonista, como era natural en su búsqueda de honestidad intelectual, había sopesado seriamente esta vía. La propuesta de la neutralidad poseía un atractivo innegable, una suerte de armadura contra la posibilidad del error y la exposición a la crítica. En un mundo donde la certeza era un bien escaso y la incertidumbre una compañera constante, la idea de no comprometerse con nada y, por tanto, no poder equivocarse, sonaba como una estrategia de supervivencia astuta.

Era la promesa de una paz derivada de la inacción, de una pureza intelectual mantenida a salvo de las máculas del compromiso.

Sin embargo, con el devenir del tiempo y la profundización de su reflexión, esta aparente fortaleza comenzó a resquebrajarse. Lo que inicialmente se percibía como una ausencia de posición, reveló ser, en sí misma, una postura particular, cargada de sus propias presuposiciones, sesgos y limitaciones, tan intrínsecas y a menudo invisibles como las de cualquier otra filosofía o ideología.

La falacia central de la neutralidad radicaba en su presunción de que era factible observar la realidad desde un punto de vista externo, desprovisto de toda implicación. Se creía que el intelecto podía juzgar los asuntos humanos sin la contaminación de la emoción o el compromiso personal. Pero esta era una ilusión peligrosa. El protagonista llegó a comprender que incluso el más ascético de los observadores no era una entidad etérea, sino un ser situado, ineludiblemente enraizado en un contexto específico. Cada individuo posee una perspectiva única, forjada por su historia, su cultura, sus vivencias y sus intereses. Estos factores, a menudo inconscientes, actúan como filtros a través de los cuales se percibe, se interpreta y se valora el mundo. La neutralidad, lejos de ser la ausencia de una postura, era una postura en sí misma: una que se negaba a reconocer su propia génesis, su propia mirada parcial, y que, al hacerlo, operaba con una pretensión de objetividad que encubría sus verdaderos orígenes y sus profundos sesgos.

Más allá de su imposibilidad lógica, la neutralidad reveló tener un costo ético ineludible. El protagonista percibió que la decisión de no tomar partido en un conflicto o en una situación de injusticia no era un acto de imparcialidad, sino una forma activa de tomar partido. Era, de facto, una elección por el mantenimiento del status quo, por la preservación del orden existente. Implicaba la tácita decisión de que ninguna alteración, ningún cambio en el equilibrio de poder o en las condiciones de vida, valía el riesgo o el esfuerzo de la intervención. Esta elección distaba de ser neutral; por el contrario, favorecía de manera decisiva a aquellos que se beneficiaban de la configuración actual de las cosas, mientras perpetuaba o incluso exacerbaba el sufrimiento de quienes se encontraban en una posición de desventaja. El escéptico que, ante una evidente injusticia, se retractaba de expresar una opinión o de actuar, bajo el pretexto de una neutralidad inexpugnable, no era un mero espectador imparcial; se convertía, por su inacción y su silencio, en un cómplice tácito de la situación que observaba.

Finalmente, el protagonista arribó a la ineludible conclusión de que la neutralidad era, en su esencia, una ilusión autoengañososa, una forma sofisticada de evasión. No existía un punto exterior desde el cual se pudiera contemplar la vida sin participar en ella; todos estábamos inherentemente "dentro", parte del complejo tejido de la existencia humana. Y estar dentro implicaba, por necesidad, tomar una posición, trazar líneas, hacer elecciones. No había escapatoria posible a este imperativo. La pregunta fundamental no residía en si uno debía o no adoptar una postura, sino en discernir qué

postura debía adoptarse. Y esta interrogante no admitía una respuesta neutral. Demandaba un compromiso activo, una voluntad de correr riesgos, de enfrentarse a la incertidumbre de la propia falibilidad. Reconocer que uno podía estar equivocado era parte integral de la honestidad del compromiso. No era un camino fácil ni exento de peligros, pero se reveló como la única senda auténtica y elocuente. La neutralidad, una vez despojada de su velo de imparcialidad, no era más que otra forma, quizá la más sutil y cómoda, de eludir la responsabilidad inherente a la condición humana.

La Responsabilidad Sin

Ante la ausencia de un fundamento preestablecido, la noción de responsabilidad se transformó radicalmente. Ya no era posible ampararse tras el cumplimiento de reglas externas, puesto que esas normas, antes pilares inquebrantables, se revelaban ahora como construcciones frágiles y contingentes. La voz de Dios, la infalibilidad de la razón o el peso inmutable de la tradición, que durante milenios habían servido como brújulas morales y fuentes de autoridad definitiva, habían dejado de dictar el curso de la acción con una certeza incuestionable. Lo que emergía era, entonces, una responsabilidad desnuda, que recaía íntegramente sobre los hombros del individuo, sin la mediación de dogmas ni la promesa de garantías metafísicas. Esta nueva carga representaba, en su esencia, un ineludible llamado a la autenticidad, a enfrentar las consecuencias de las propias elecciones sin excusas ni salvoconductos externos.

Esta profunda comprensión de la responsabilidad, sin embargo, no implicaba una proclamación de libertad absoluta, al modo de un ser desvinculado de toda realidad. Por el contrario, el protagonista era consciente de que las acciones humanas se despliegan siempre dentro de un complejo entramado de condiciones. Las circunstancias históricas, las estructuras sociales, las limitaciones materiales y las influencias culturales no se disolvían; seguían moldeando y constriñendo el campo de lo posible. No obstante, y este era el punto crucial, dentro de esos límites aparentemente férreos, persistía un margen innegable para la decisión.

No se trataba de negar la influencia del contexto, sino de reconocer que, incluso en las situaciones más apremiantes, existía una pequeña grieta por la que podía filtrarse la voluntad. La imposibilidad de atribuirlo todo a las circunstancias, de diluir la propia agencia en el determinismo ambiental, constituía la piedra angular de esta responsabilidad.

El contraste con la responsabilidad tradicional era patente y, para el protagonista, profundamente revelador. Aquella, aunque prescriptiva, ofrecía un consuelo implícito: la posibilidad de redención y absolución. Si uno erraba, existían mecanismos para el arrepentimiento, el perdón o la expiación; instituciones (religiosas, jurídicas, sociales) que actuaban como jueces supremos y dispensadores de olvido. Sin el andamiaje de un fundamento trascendente, estas vías de absolución se desvanecían. No había una instancia superior, un tribunal cósmico o una tradición ancestral que pudiera declarar saldada la deuda o borrado el error. Lo que se hacía, simplemente, quedaba. No como una culpa eterna e inextinguible, sino como una marca indeleble en la propia historia, una parte constitutiva del recorrido vital que no podía ser reescrita ni eliminada. Esta persistencia de las acciones en la memoria y en el mundo confería una seriedad inédita a cada elección, pues su eco resonaría en el tiempo, tejiendo la trama irrenunciable del propio ser.

A pesar de la pesadez intrínseca a esta responsabilidad sin redención, el protagonista percibió también un matiz inesperadamente liberador.

Si bien ya no se contaba con la protección de un orden preestablecido, esta misma carencia dotaba a las acciones de un peso existencial y una relevancia palpable.

Ya no eran meros movimientos en un tablero de ajedrez cósmico, preprogramados por reglas o designios superiores. Se convertían en intervenciones reales en el tejido del mundo, con capacidad intrínseca para modificar realidades y generar consecuencias. Y esas consecuencias, precisamente porque afectaban a personas reales y a la configuración concreta del mundo, cobraban una importancia radical. No se necesitaba ya la validación de un orden moral objetivo o una justificación metafísica grandilocuente para que las acciones importaran. Bastaba la simple y poderosa conciencia de que lo que uno hacía generaba efectos tangibles en el entorno y en los otros, una resonancia que era suficiente para otorgarles un valor y un sentido ineludibles.

Finalmente, el protagonista abrazó esta responsabilidad. No lo hizo con una euforia heroica ni con el fervor de una convicción recién descubierta, sino con una sobriedad meditada y una aceptación madura. Comprendió que era una parte inalienable de la condición humana en la era sin fundamentos, una verdad ineludible de la cual no se podía escapar sin deformar el propio ser. Intentar evadirla, buscar refugios en la pasividad o en la atribución externa, solo conseguía volverla más agobiante y sofocante. La única vía auténtica era asumirla plenamente, tomar las riendas de las propias decisiones con la plena conciencia de su origen y sus implicaciones.

Actuar sabiendo que las consecuencias, buenas o malas, eran propias; vivir sabiendo que esa vida era intransferible y única.

En esa aceptación desnuda, en esa renuncia a la búsqueda de certezas externas, el protagonista encontró una forma modesta, pero profunda, de dignidad: la dignidad de quien se enfrenta al mundo con honestidad, sin velos ni autoengaños, y se atreve a ser el autor consciente de su propia existencia.

El Tiempo Sin Teleología

El fundamento no solo anclaba el presente, sino que, de forma aún más profunda y, quizás, más tranquilizadora, afianzaba nuestra percepción del futuro. Existía una convicción arraigada, casi instintiva, de que el tiempo se encaminaba, ineludiblemente, hacia un propósito preestablecido: ya fuera el progreso material y social, la redención espiritual prometida por alguna escatología, o la consecución de una perfección ideal. Esta noción teleológica confería al presente un sentido inherente, elevándolo de un mero instante fugaz a una etapa crucial en un vasto proceso evolutivo. El presente dejaba de ser un simple "lo que es"; era, ante todo, un peldaño indispensable en una senda con dirección definida, una meta ineludible y una justificación última que otorgaba coherencia a la existencia. No obstante, esta estructura temporal, tan reconfortante como ordenadora, se ha resquebrajado de forma irreparable en la conciencia contemporánea.

Inmerso en esta nueva realidad conceptual, el protagonista percibió con claridad meridiana que la visión lineal del futuro, entendida como sinónimo de progreso, se había desdibujado por completo. No se trataba de una conclusión pesimista sobre un declive inevitable, ni de la creencia de que las cosas estaban, intrínsecamente, empeorando; la dificultad residía más bien en la ausencia de un criterio unívoco y universalmente aceptado para definir qué constituía realmente una mejora. La pregunta "¿progreso hacia qué?" se tornaba insondable. ¿Hacia qué finalidad última? ¿Según qué valores o principios inmutables?

La respuesta se revelaba elusiva, ya que los valores mismos habían dejado de ser evidentes, transformándose en un campo de batalla dialéctico. Lo que para una facción representaba un avance indispensable, para otra no era más que un lamentable retroceso. Donde unos veían desarrollo y prosperidad, otros denunciaban destrucción y opresión. Ante tal pluralidad de perspectivas y la ausencia de un tribunal imparcial que pudiera dirimir la verdad, la idea de un progreso objetivo se disolvía en la subjetividad y la controversia.

Esta profunda mutación conceptual dio origen a una temporalidad radicalmente distinta: una temporalidad sin teleología. El tiempo, liberado de su antiguo yugo direccional, continuaba su fluir ininterrumpido, pero sin apuntar ya hacia ninguna meta preordenada. Simplemente "acontecía", desplegando una sucesión de eventos que, desprovistos de un marco trascendente, adquirían su cualidad de "mejor" o "peor" únicamente a través del prisma de los criterios particulares de cada individuo o grupo. La ilusión de una narrativa única, capaz de integrar todos los sucesos en un proceso coherente y con sentido preestablecido, se había desvanecido. En su lugar, emergía una polifonía de relatos, múltiples interpretaciones que pugnaban por dotar de significado al tiempo, ninguna de las cuales ostentaba ya la autoridad de ser la definitiva o la absoluta. La historia, en lugar de ser un camino lineal, se convertía en una intrincada red de sendas posibles, cada una trazada por percepciones y prioridades diversas.

En este panorama, el protagonista se vio impelido a forjar una forma novedosa de relacionarse con el futuro, una que prescindía de las antiguas esperanzas y expectativas.

Ya no era plausible la cómoda ilusión de que el futuro, por su mera llegada, resolvería mágicamente los dilemas y las carencias del presente. Tampoco resultaba viable postergar la plenitud o la felicidad personal hasta la consecución de alguna meta lejana, concebida como la culminación de un plan maestro. El futuro, en su descarnada realidad, no ofrecía garantía alguna. Se manifestaba como una mera sucesión de instantes por venir, cuya configuración dependería, en parte, de las acciones y decisiones tomadas en el ahora. Pues una constelación de factores incontrolables **contingencias impredecibles, accidentes fortuitos, giros inesperados del destino** seguían escapando al alcance de la voluntad individual, introduciendo una cuota ineludible de incertidumbre y sorpresa en el devenir.

Lejos de significar que el futuro careciera de importancia, esta revelación implicaba una reubicación de su peso en la balanza de la existencia. Su valor no residía en ser el único horizonte de sentido, el gran árbitro de lo que es significativo. Por el contrario, el presente se erigía con una autonomía y una relevancia intrínsecas, demandando sentido por sí mismo. No debía ser concebido como un mero medio, un escalón transitorio hacia un fin ulterior, sino como un espacio de vida pleno y autónomo. Esta comprensión exigía una modalidad de atención distinta, una inmersión más profunda en lo inmediato, lo concreto y lo tangible del "aquí y ahora". No se trataba de una evasión cómoda del porvenir, sino de un reconocimiento

fundamental: el futuro no posee una realidad ontológica superior o más consistente que el presente.

Y si la existencia actual se subordina perpetuamente a una hipotética realización futura, si se vive únicamente como una preparación incansable para lo que aún no es, entonces, paradójicamente, nunca se llega a vivir plenamente, a habitar con verdadera conciencia el único tiempo que realmente nos pertenece: este preciso momento.

La Comunidad Sin Esencia

El mismo sustrato que otorgaba dirección al tiempo también operaba como el cimiento invisible sobre el que se erigía la noción de comunidad. En épocas pretéritas, quizás por una profunda necesidad inherente a la arquitectura social, prevalecía la convicción de que toda comunidad debía albergar un núcleo inmutable, una esencia compartida que la definiera. Esta esencia se manifestaba en relatos de un origen común, en la sedimentación de una historia colectiva o en la afirmación de una identidad monolítica. Tal identidad funcionaba como el crisol de la pertenencia, trazando las fronteras entre "nosotros" y "ellos", un criterio de inclusión y exclusión que, en su momento, se sentía tan orgánica e incuestionable como la respiración. Se asumía que la delimitación de quién formaba parte y quién era ajeno a la comunidad constituía una verdad autoevidente, una obviedad que proporcionaba una sensación reconfortante de orden y cohesión.

No obstante, la aguda percepción del protagonista comenzó a desvelar las fisuras en esta aparente solidez. Aquella obviedad de antaño se había transmutado en una complejidad inabarcable. Las identidades, lejos de ser estructuras fijas e inamovibles, se revelaron como entidades fluidas, dinámicas, imbricadas en múltiples capas que se superponían y entretejían. Una misma persona podía coexistir, simultáneamente, en el seno de diversas comunidades: la de su nación, su profesión, su familia, sus aficiones, sus convicciones ideológicas o espirituales.

De esta multiplicidad surgía una encrucijada inevitable de lealtades que, con frecuencia, se contradecían.

¿Cómo armonizar las exigencias de la comunidad nacional con los imperativos éticos de la profesional o con los lazos afectivos de la familiar? El dilema era profundo: cada intento de satisfacer una lealtad parecía implicar la traición o el menoscabo de otra, dejando al individuo en un estado de perpetua negociación interna, desprovisto de un ancla única que lo definiera por completo.

La revelación más inquietante fue advertir que la comunidad no se sostenía sobre una esencia petrificada, sino sobre el entramado siempre cambiante de las prácticas compartidas. Lo que genuinamente cohesionaba a un grupo no era un rasgo intrínseco e inmutable, sino el conjunto de acciones, rituales, diálogos y modos de vida que sus miembros construían y habitaban de consuno. Estas prácticas, por su naturaleza misma, eran maleables; evolucionaban, se adaptaban, se resignificaban con el tiempo. Lo que ayer fue el eje central de una comunidad, hoy podía languidecer en la periferia, y lo que antes fue marginal, mañana podía ascender a un lugar preponderante. La comunidad, por ende, no era un dato estático, sino un proceso continuo de creación y recreación, un organismo vivo sin garantías de permanencia ni de fidelidad a una forma pretérita. Esta epifanía desestabilizó la complacencia; si la comunidad era un río en constante flujo, ¿cómo asirla? ¿Cómo asegurar su existencia y su sentido?

Esta profunda comprensión de la fragilidad intrínseca de la comunidad sin esencia generaba, en el protagonista y en muchos, una ansiedad palpable.

La ausencia de un cimiento esencial evocaba el temor a la disolución, a la metamorfosis en algo irreconocible, a la pérdida de ese espacio vital que confiere sentido de pertenencia. Ante este vértigo, emergía una poderosa tentación: la de esencializar. La de proclamar que la comunidad poseía una identidad inmutable, un "verdadero yo" que no podía alterarse sin que la comunidad dejara de ser. Sin embargo, esta esencialización era siempre una construcción artificial, una ficción conveniente diseñada para apaciguar la incertidumbre. Era un intento desesperado de fijar lo que por naturaleza era dinámico. Y este esfuerzo, en su afán por preservar una pureza imaginaria, engendraba inevitablemente la exclusión. Para mantener la supuesta esencia, era necesario identificar y rechazar a todos aquellos que no encajaban en el molde preestablecido, creando divisiones y conflictos en nombre de una cohesión ilusoria.

A pesar de esta tensión, el protagonista comenzó a vislumbrar la posibilidad de una comunidad diferente, una que abrazara su propia carencia de esencia. Una comunidad que no se definiera por lo que sus miembros "son" ***una identidad preexistente y rígida***, sino por lo que "hacen juntos", por el compromiso mutuo y las prácticas compartidas en el presente. Sería una comunidad inherentemente abierta a la transformación, una entidad dinámica que no necesitara recurrir a la exclusión para afirmar su existencia. Esta visión no era fácil de asumir, pues exigía una renuncia dolorosa a la

seguridad que ofrecían las identidades fijas y los límites claros.

Requería aceptar que la comunidad es siempre una construcción provisional, un proyecto en curso, nunca concluido. Pero quizás era esta la única forma auténtica de comunidad viable en un mundo desprovisto de fundamentos absolutos: una comunidad que no se apoyara en un suelo firme e inmutable, sino en la renovación constante del compromiso de sus miembros para avanzar juntos, a pesar de la incertidumbre inherente al camino.

La Verdad Como Problema

Práctico

La inquietud cardinal del protagonista, su indagación sobre el fundamento, se precipitaba inexorablemente hacia el concepto mismo de la verdad. Era una ligazón ineludible: si el cosmos carecía de un sustrato inamovible, de una base primordial que otorgara sentido y orden, ¿qué destino le esperaba entonces a la verdad? Tradicionalmente, la verdad se había concebido, precisamente, como aquello que se anclaba en un cimiento firme, ya fuera en la correspondencia irrefutable entre el pensamiento y una realidad externa e independiente, o en la revelación de alguna instancia superior que garantizase su validez universal. Sin esa figura tutelar, sin esa raíz metafísica que la sustentara, la verdad se despojaba de su autoridad incondicional, disolviéndose en una vasta incertidumbre y deviniendo, por definición, en un problema intrínsecamente irresoluble.

Ante esta constatación sobrecogedora, el protagonista se sintió impelido a explorar diversas rutas de escape intelectual. Una de las más inmediatas y, a primera vista, liberadoras, residía en la negación radical de la verdad. Postular que no existía una verdad única ni objetiva, sino meras interpretaciones, perspectivas subjetivas sobre una realidad elusiva. Esta postura, sin duda, ofrecía un atractivo innegable: liberaba al individuo de la ardua carga de justificar cada aserto con argumentos irrefutables, de defender sus convicciones frente a un escrutinio universal.

Sin embargo, su seducción era engañosa, pues albergaba una paradoja destructiva. Si, en efecto, la verdad era inexistente, entonces la propia afirmación de su "no existencia" tampoco podía ser verdadera en un sentido absoluto.

Se reducía a ser una interpretación más entre un sinfín, y si esa era su única oferta, ¿qué razón podría haber, entonces, para concederle mayor peso o seriedad que a cualquier otra cosmovisión? Su propia base se desmoronaba bajo el peso de su premisa fundacional.

Otra respuesta, más refinada, intentó rescatar el concepto de verdad redefiniéndolo por completo. La verdad ya no sería la correspondencia con una realidad externa, sino la coherencia interna de un sistema de creencias. Una afirmación, desde esta perspectiva, sería considerada verdadera si se integraba sin contradicciones en la intrincada red de proposiciones que conformaban un pensamiento determinado. Esta aproximación lograba elegantemente sortear el inmanejable problema de la correspondencia, al no necesitar apelar a una realidad objetiva incognoscible. No obstante, al resolver un dilema, gestaba otro de igual o mayor complejidad: la coexistencia de múltiples sistemas de creencias, cada uno lógicamente impecable en sí mismo. ¿Cómo discernir, entonces, cuál de ellos era "más verdadero"? Sin criterios externos, sin un punto de referencia ajeno a la estructura interna de cada sistema, la elección entre ellos se tornaba arbitraria. Lo que en una construcción intelectual era innegablemente cierto, en otra podía ser categóricamente falso, y ambas mantenían su pulcra lógica interna,

sumergiendo al protagonista en un relativismo de sistemas tan insatisfactorio como el relativismo individual.

Fue en este punto de aparente callejón sin salida donde el protagonista experimentó un giro fundamental en su intelección, comprendiendo que la verdad no era, en última instancia, un problema puramente teórico o metafísico, sino profundamente práctico. La cuestión crucial no residía en definir la esencia abstracta de la verdad, sino en desentrañar su función vital en el entramado de la existencia concreta. En su experiencia cotidiana, la verdad operaba, de manera sutil pero contundente, como una restricción indispensable. No todas las afirmaciones, no todas las creencias, resultaban igualmente viables o sostenibles en la práctica. Algunas colisionaban violentamente con la experiencia sensible, otras generaban contradicciones internas tan abismales que hacían insoportable la coexistencia de ideas, y otras, en su aplicación, socavaban los cimientos mismos de la vida compartida, imposibilitando la colaboración o la construcción de un mundo común. Estas afirmaciones, aunque quizá inabordables desde una lógica que las declarara "absolutamente falsas" en un sentido último, podían y debían ser descartadas por su manifiesta impracticabilidad, por su incapacidad para adaptarse y facilitar el discurrir de la vida.

Desde esta nueva perspectiva, la verdad dejaba de ser una cualidad trascendente, una propiedad metafísica inherente a las cosas en sí, para transformarse en una cualidad inmanente y pragmática, vinculada directamente a la acción y la experiencia.

Una afirmación se revelaba "verdadera" no por ser el espejo fiel de una realidad externa e inmutable, sino porque "funcionaba" eficazmente. Porque permitía al individuo y a la comunidad navegar por el mundo de un modo efectivo, porque no provocaba aquellas contradicciones devastadoras que paralizan el pensamiento o la acción, y porque era compatible con el caudal de la experiencia compartida por los seres humanos. Estos criterios, si bien no otorgaban la certeza de una verdad absoluta o un fundamento inquebrantable, sí ofrecían una herramienta invaluable: la capacidad de discernir entre afirmaciones más útiles y menos útiles, entre aquellas que construyen y aquellas que desintegran. Y para la vida práctica, para el compromiso renovado de avanzar juntos a pesar de la incertidumbre, esto resultaba ser suficiente. No era el cimiento monolítico que la razón había buscado por siglos, pero era, en su fragilidad misma, un suelo provisional sobre el que se podía, y se debía, seguir construyendo.

El Duelo Sin Cierre

Sumergido en una introspección profunda, el protagonista empezó a comprender que la inquietud que habitaba su espíritu no era un mero malestar pasajero, sino una forma de duelo fundamental. No se trataba del lamento convencional por la ausencia de un ser querido o el fin de una etapa vital; esta aflicción era mucho más vasta y abstracta: el luto por la disolución de una cosmovisión entera, un cosmos de significado y estabilidad que, hasta entonces, se había asumido como inmutable. Era la pérdida de un mundo donde las certezas morales, epistemológicas y existenciales servían de anclas inamovibles, donde cada pregunta parecía tener una respuesta preestablecida y un fundamento sólido garantizaba el orden. Esta arquitectura de sentido había sido el marco invisible que sostuvo a generaciones, una estructura que, aun conteniendo las semillas de su propia desintegración, operaba con una coherencia percibida. Ahora, esa eficacia se había desvanecido, dejando un vacío que resonaba con la magnitud de una catástrofe silenciosa, la amarga certeza de que el suelo metafísico bajo sus pies se había evaporado.

La singularidad de este duelo radicaba en su naturaleza intrínsecamente irresoluble, una antítesis del proceso de luto tradicional. Los duelos, en su concepción más arraigada, se despliegan a través de fases reconocibles, un camino sinuoso que, con el tiempo y el trabajo emocional, culmina en la aceptación y la reintegración.

Se espera que el doliente, finalmente, articule un "adiós" y halle paz en la nueva realidad. Pero este luto carecía de tal posibilidad de clausura.

La pérdida del fundamento, de la certeza última, era de una magnitud que no admitía una resignación plena ni un "está bien, ya no hay fundamento". La necesidad humana de anclaje, de un principio ordenador o una verdad incontrovertible, persistía con una tenacidad atávica, un imperativo existencial. Era esta inalienable necesidad la que mantenía el duelo en un estado de reactivación constante; cada vez que una situación compleja, un dilema ético o una pregunta existencial demandaba una base firme para la acción o el pensamiento, el eco de la ausencia fundamental regresaba con renovada intensidad, impidiendo cualquier resolución definitiva y prolongando la herida.

Frente a esta imposibilidad de cierre, el protagonista, con el tiempo, forjó una manera de habitar este duelo perpetuo. En lugar de embarcarse en la quijotesca tarea de "superarlo" o "resolverlo" **conceptos que aquí perdían todo sentido**, optó por un acto de reconocimiento radical. Comprendió que la aflicción no era un defecto a corregir, sino una condición a abrazar. Había momentos, indudablemente, en los que la palpable ausencia de un fundamento provocaba un dolor agudo, una angustia existencial que rozaba lo insoportable. En otras ocasiones, una profunda nostalgia por una era de supuestas certezas, por un tiempo edénico que quizás nunca existió más allá de la imaginación o la leyenda, lo embargaba con una melancolía persistente. Estos momentos, lejos de ser obstáculos a sortear en el camino hacia una supuesta

normalidad, se revelaban como componentes intrínsecos de la experiencia misma de vivir en la era postfundacional. Eran los marcadores ineludibles de una conciencia que había despertado a la fragilidad inherente del ser, a la contingencia radical de todo aquello que alguna vez se creyó eterno.

En medio de esta experiencia solitaria y profunda, el protagonista hizo un descubrimiento transformador: este duelo sin cierre no era una carga exclusiva suya. Había otros, dispersos pero igualmente afectados, que compartían la misma condición. Aunque las manifestaciones individuales de esta aflicción podían variar en sus matices y expresiones, existía un hilo conductor innegable que los unía, una resonancia compartida en la experiencia de la pérdida fundamental. Y fue precisamente este terreno común, esta intersubjetividad del vacío, lo que propició el surgimiento de una forma inusitada de comunidad. No se trataba de una comunidad forjada sobre la base de identidades rígidas, de dogmas ideológicos compartidos o de credos inamovibles. Era, más bien, una hermandad tácita, gestada en el reconocimiento mutuo de haber perdido el suelo firme, una comunidad de aquellos que, a pesar de la fractura del fundamento, persistían en el acto de vivir, de buscar sentido y de construir sobre arenas movedizas. Una asamblea de almas conscientes de la precariedad inherente a la existencia contemporánea.

Esta peculiar comunidad, despojada de las falsas promesas del optimismo infundado, no ofrecía paliativos fáciles ni consuelos superficiales.

No se erigía como un oráculo de respuestas absolutas, ni proclamaba la falaz certeza de que "todo iba a estar bien". Su valor radicaba en algo infinitamente más auténtico y vital: la confirmación inequívoca de que la experiencia del duelo sin cierre no era un aislamiento personal, un signo de locura individual, una debilidad intrínseca o un fracaso existencial. Era, en esencia, una condición intrínseca de la contemporaneidad, un rasgo definitorio de la era en que habitaban. Y el acto de reconocer esta condición, de nombrarla con honestidad brutal y de compartirla en el silencio elocuente de miradas cómplices, se convertía en una forma, quizás la única, de habitarla con dignidad. No buscaba resolver el duelo, pues eso era imposible, sino transformarlo en una experiencia colectiva, un eco de humanidad que, a pesar de su persistencia dolorosa, lo hacía un poco más soportable, un testimonio compartido de la resiliencia en la ausencia.

La Libertad Sin Fundamento

En el epicentro de la experiencia del protagonista radicaba una profunda paradoja, engendrada por la ausencia de fundamento. Inicialmente, esta carencia se reveló como una liberación radical. Al desvanecerse las verdades universales inquebrantables y las reglas absolutas impuestas desde una instancia superior, la capacidad de forjar el propio sendero se expandió hasta el infinito. La vida se ofrecía como un lienzo en blanco, una oportunidad sin precedentes para que el individuo definiera sus propias normas, reinventándose a sí mismo sin los dictados de esencias fijas o destinos preescritos. Esta visión de un mundo sin cimientos parecía abrir las puertas a una libertad ilimitada, un poder vasto para edificar el propio ser y el propio camino, despojado de cualquier herencia o mandato externo. Era la promesa seductora de una autonomía plena, donde cada decisión emanaba puramente de sí mismo, ajena a la sombra de cualquier autoridad o significado preestablecido.

Sin embargo, a medida que el protagonista se aventuraba en esta ilimitada extensión de posibilidades, una sombra de duda comenzó a ensombrecer la aparente euforia de la libertad irrestricta. Descubrió, con una claridad perturbadora, que esta libertad, en su forma más prístina y desvinculada, era en realidad una quimera, una libertad hueca. La potestad de elegir cualquier cosa sin un criterio discernido no configuraba una elección genuina; se manifestaba, más bien, como una mera arbitrariedad, un acto impulsivo carente de dirección o significado.

La verdadera libertad, comprendió, no residía en la ausencia total de límites, sino en la facultad de tomar decisiones con trascendencia.

Y para que una decisión fuese significativa, requería un marco de referencia: criterios para evaluar, valores que orientaran y un horizonte de sentido que dotara a las elecciones de propósito. Precisamente aquello que la disolución del fundamento había arrebatado al mundo. Sin estos pilares, la elección se transformaba en un laberinto sin salida, donde cada sendero era tan válido **y, por ende, tan trivial** como el siguiente, sumiendo al individuo en una parálisis existencial o en una constante deriva.

Fue entonces cuando el protagonista comenzó a vislumbrar una posible senda para este dilema, una forma de libertad que no negaba la ausencia de fundamento, sino que la abrazaba: la libertad situada. Esta no era la libertad grandiosa y abstracta que flotaba por encima de toda contingencia, sino una arraigada en el aquí y el ahora, emergente de un lugar específico. Implicaba la humilde aceptación de que la libertad no podía ser absoluta, que no se ejercía desde un punto cero o desde la nada, sino desde la intrincada red de experiencias, relaciones y contextos que tejen la existencia individual. Reconoció que no todo era elegible, que las decisiones pasadas, para bien o para mal, configuraban y delimitaban las opciones presentes, y que el entorno, con sus circunstancias y restricciones inherentes, trazaba los contornos de lo posible. Pero dentro de esos límites ineludibles, persistía un espacio vital para la deliberación, para la decisión consciente. Y lo más crucial, se percató de que ese espacio, aunque finito, era

suficientemente amplio y profundo para que la vida adquiriera un sentido de propósito y agencia. Era una libertad pragmática, forjada en la realidad, no en la fantasía.

Esta libertad situada, aunque desprovista del brillo heroico de una libertad absoluta que promete una autonomía sin parangón, ostentaba una virtud más profunda: su inquebrantable honestidad. No alimentaba la fantasía de que uno podía ser o hacer absolutamente cualquier cosa, desmintiendo la ilusión de una omnipotencia individual. En cambio, se anclaba firmemente en el reconocimiento de los límites intrínsecos de la condición humana. Al aceptar y comprender estas fronteras, el protagonista descubrió que podía colaborar con ellas, operar a su favor, en lugar de librar una batalla perpetua e infructuosa contra lo inevitable. Esta perspectiva transformaba la búsqueda de sentido y acción, dirigiendo la energía hacia la identificación y exploración de los márgenes reales de maniobra, aquellos espacios donde la voluntad individual podía realmente operar y generar un impacto, en vez de perseguir espejismos de una libertad ilimitada que solo conducían a la frustración y el desengaño. Era una forma de sabiduría práctica, una invitación a la humildad y a la eficacia existencial.

Finalmente, el protagonista abrazó esta libertad limitada no con resignación o derrota, sino con una profunda y serena sobriedad. Comprendió que era la condición inherente de su existencia en un mundo desprovisto de fundamentos dados, y concluyó que no era poca cosa. De hecho, comenzó a sospechar que la libertad absoluta, ese ideal tan largamente acariciado, quizás nunca fue deseable en su radicalidad, pues

su ausencia de límites podría haber desembocado en un vacío existencial inmanejable. La libertad situada, con sus contornos definidos y sus responsabilidades claras, resultó ser suficiente, e incluso más enriquecedora. La verdadera tarea, se dio cuenta, no consistía en perseguir la utopía de una libertad total, sino en aprender a ejercer con maestría la libertad finita que se posee. Esta tarea, profundamente ética y existencial, no requería de un fundamento metafísico o de garantías trascendentales que la validasen. Lo que demandaba era una atención plena al presente, un cuidado meticuloso en cada elección y una profunda responsabilidad por las consecuencias de los propios actos. Estos eran los nuevos pilares, forjados en la conciencia y la praxis, que permitían habitar la libertad en un mundo sin certezas absolutas, construyendo sentido a cada paso.

El Error Como Parte Del Proceso

En el vasto e incierto terreno de una existencia desprovista de fundamento, el error se manifestaba no solo como una eventualidad, sino como una presencia ineludible y perpetua. La ausencia de reglas absolutas, de un manual divino o de una lógica infalible que dictara el rumbo correcto, implicaba la imposibilidad de garantizar la certidumbre de las decisiones. Cada elección, cada convicción adoptada, cada proyecto emprendido, se revelaba como un salto al vacío, desprovisto de una red de seguridad metafísica. Al navegar por esta realidad, el protagonista comprendió que erraría, no de forma esporádica o anómala, sino con una frecuencia intrínseca al propio acto de vivir y decidir. Las verdades hoy sólidas podrían desmoronarse mañana, las estrategias cuidadosamente trazadas podrían desembocar en el fracaso, y los propósitos más nobles desviarse hacia resultados inesperados. Esta profunda comprensión generaba una ansiedad inherente, una tensión constante entre el anhelo de acertar y la certeza de tropezar en el camino de la autoconstrucción.

Históricamente, el protagonista había sido forjado por una cultura arraigada en el temor y la aversión al error. En este paradigma, el error no era un mero desvío o accidente, sino una mácula, un estigma que delataba incompetencia, una falla moral o una insuficiencia de preparación. Era el antónimo del éxito, el veredicto implacable del fracaso. Este miedo, hondo e institucionalizado, engendraba una parálisis insidiosa.

Porque si el error era una entidad a evitar a toda costa, si sus consecuencias eran tan punitivas, la única vía segura, la estrategia más lógica, era la inacción. No decidir, no innovar, no arriesgarse: estas se convertían en defensas frente a la amenaza del juicio y la vergüenza. Sin embargo, esta aparente inmovilidad era, en sí misma, una elección; una decisión pasiva que, a menudo, resultaba ser la más perjudicial de todas, ya que el estancamiento y la omisión de oportunidades representaban un fracaso silencioso, pero no menos devastador, que cualquier intento fallido.

La epifanía llegó cuando el protagonista se vio compelido a forjar una nueva relación con el error, una que trascendiera la mera evitación. Comprendió que el error no era una anomalía a erradicar, sino una parte orgánica e indispensable del proceso mismo de la existencia. Era la herramienta fundamental para el aprendizaje, el mecanismo intrínseco a través del cual las creencias se ajustaban, las decisiones se corregían y las estrategias se refinaban. Sin la fricción que el error produce, no podía haber auténtico progreso, solo la estéril repetición de lo ya conocido, la perpetuación de patrones que, aunque seguros, impedían cualquier evolución. El error se reveló como un maestro implacable, pero necesario, cuyo currículo estaba escrito en las consecuencias inesperadas de las acciones, en los caminos que no llevaron a buen puerto y en las hipótesis que no se sostuvieron. Abrazar esta verdad fue liberador, transformando la visión del fracaso de un punto final a una simple coma en la narrativa del aprendizaje continuo.

Esta revelación no implicaba una glorificación del error, ni la búsqueda deliberada de equivocaciones; más bien, significaba la aceptación de su carácter inevitable. La verdadera sabiduría no residía en la quimera de evitarlo por completo, sino en la capacidad de responder a él de manera constructiva y consciente. Esto implicaba, en primer lugar, reconocerlo con honestidad cuando aparecía, sin recurrir a mecanismos de defensa que distorsionaran la realidad o culparan a factores externos. Seguidamente, requería analizarlo con una mente abierta, despojándose de la autocrítica destructiva y la vergüenza paralizante, para extraer las lecciones que ofrecía. Cada error era un laboratorio donde se podían observar las fallas del diseño, las imprecisiones del cálculo o las limitaciones del conocimiento. Finalmente, y quizás lo más crucial, era la capacidad de seguir adelante, de integrar esa nueva comprensión y de tomar decisiones futuras con la ventaja de la experiencia adquirida, sin quedar anclado en el peso de la culpa o el arrepentimiento. El error, entonces, se convertía en un catalizador para la mejora, no en un veredicto definitivo.

Al integrar esta perspectiva en su filosofía de vida, el protagonista descubrió una forma de ser menos rígida, más adaptable y, paradójicamente, más resistente. La aceptación del error como parte inherente del camino permitió un espíritu de experimentación antes impensable. Se atrevió a probar nuevas ideas, a embarcarse en proyectos inciertos, a tomar riesgos calculados, sabiendo que la perfección no era una expectativa realista y que los tropiezos eran parte integral del descubrimiento.

Esta no era una forma de irresponsabilidad o de negligencia, sino la cúspide del realismo en un universo sin garantías.

Era el reconocimiento de que, sin fundamentos externos que dictaran el curso, la única manera genuina de avanzar era a través del ensayo y error, un proceso iterativo de hipótesis y refutación. En esta nueva luz, el error no era el adversario a vencer, sino el guía paciente, el maestro silencioso que señalaba el camino hacia una comprensión más profunda y una libertad verdaderamente situada, cultivada en la rica tierra de la experiencia.

El Cuerpo Como Anclaje

En el corazón de esa ausencia de fundamento, ese abismo de incertidumbre que la mente había desvelado, el protagonista encontró algo inalterable. Una verdad que no requería justificaciones filosóficas, de complejas construcciones lógicas o de argumentos irrefutables para afirmarse como real. Era el cuerpo, no como concepto abstracto o mero objeto de estudio, sino el cuerpo vivido en su más pura inmediatez. La experiencia visceral del hambre que reclamaba alimento, del cansancio que imponía reposo, del dolor que marcaba sus límites. Era la presencia innegable de una corporalidad que ninguna operación mental podía suspender, negar o relegar a un segundo plano.

Con su realidad palpable y sus demandas perentorias, el cuerpo se erigía como un anclaje fundamental. Funcionaba como un punto de referencia irreductible, una brújula biológica en el vasto océano de la incertidumbre existencial. Mientras las construcciones intelectuales se desvanecían y las verdades autoimpuestas se revelaban como frágiles ficciones, el cuerpo persistía en su concreta existencia. Sus necesidades primarias, sus límites inherentes y su ineludible temporalidad ofrecían una constelación de restricciones innegables. No era posible, por ejemplo, decidir no sentir hambre, elegir no envejecer, ni mucho menos eludir la inevitabilidad de la muerte. Estas eran las leyes de la materia que el cuerpo encarnaba, un recordatorio constante de que la existencia humana no es una pura entidad de la mente, una

voluntad sin ataduras o una libertad absoluta, sino una compleja interacción con el reino de lo material.

A través de esta revelación, el protagonista percibió la profunda ironía de haber ignorado gran parte de su vida este anclaje vital. El cuerpo había sido relegado a un segundo plano, tratado como un mero instrumento, un vehículo utilitario al servicio de la mente y sus ambiciones. Sin embargo, esa separación, tan arraigada en ciertas tradiciones de pensamiento, se mostraba ahora como una artificialidad insostenible. Era evidente que no podía haber mente sin cuerpo; que el pensamiento mismo, en su complejidad, era una actividad profundamente encarnada. Las emociones, lejos de ser etéreos estados mentales, eran fenómenos viscerales y somáticos. La percepción del mundo, que nutría toda comprensión, estaba intrínsecamente mediada por los sentidos, y estos eran, por definición, corporales. Lejos de ser un obstáculo para el conocimiento, el cuerpo se presentaba como la condición misma de su posibilidad, la interfaz a través de la cual el ser humano se relaciona con la realidad.

Recuperar la atención a este cuerpo vivido no significaba, por supuesto, una resolución mágica al problema del fundamento. Las grandes preguntas metafísicas seguían resonando en el vacío. No obstante, esta reconexión ofrecía algo igualmente valioso: una forma de habitar el mundo que no dependía de explicaciones abstractas o de sistemas filosóficos grandilocuentes. El cuerpo poseía una sabiduría inherente, un saber práctico que la mente lógica a menudo no podía articular.

Sabía cuándo una situación era intrínsecamente incómoda o perjudicial, incluso antes de que la razón pudiera identificar por qué exacto. Reconocía la toxicidad de ciertas interacciones, aunque la voluntad consciente se negara a admitirlo. Este saber corporal, aunque no infalible, era una fuente de información inestimable, una voz interior que había permanecido silenciada por demasiado tiempo.

Así, el protagonista comenzó a prestar atención a esas sutiles señales corporales. No las elevaba a la categoría de verdades absolutas, pero las integraba como información relevante, un componente crucial en el complejo proceso de toma de decisiones. Este cambio de perspectiva transformó radicalmente su forma de vivir. No proporcionó respuestas definitivas a todas las preguntas existenciales, pero ofreció una orientación que no dependía de fundamentos metafísicos externos. Era una guía forjada en la experiencia concreta, inmediata y profundamente encarnada. Y aunque no era la solución universal para todos los dilemas, se reveló como una herramienta sorprendentemente eficaz para navegar la mayoría de las situaciones cotidianas, ofreciendo un camino más arraigado y auténtico en el devenir de la existencia.

La Finitud Como Clarificación

Con una lucidez casi dolorosa, el protagonista comprendió que su existencia había transcurrido bajo la engañosa premisa de una infinitud silenciosa. No era una creencia explícita, sino una disposición práctica que permeaba cada acción y omisión. Las decisiones trascendentales y los proyectos anhelados, aquellos que resonaban en lo más profundo de su ser, eran sistemáticamente pospuestos, relegados a un porvenir incierto donde las circunstancias "ideales" se darían por fin y el tiempo sería una moneda inagotable. Esa espera constante, esa postergación perpetua, se vestía a menudo con la máscara de la prudencia o de la responsabilidad ante lo "urgente", pero en el fondo no era más que una sutil evasión del compromiso pleno con el presente. El "momento adecuado" se convertía en un horizonte siempre distante, una quimera que perpetuaba la inacción.

Esta ilusión de un tiempo ilimitado le permitió acumular una vasta colección de "algún día", "cuando tenga más" o "en cuanto esto termine". La vida se le escapaba entre los dedos mientras la preparaba para un futuro que nunca llegaba, un futuro que, en su imaginación, estaría exento de las fricciones e incertidumbres del ahora. Se había habituado a un ritmo donde lo esencial siempre podía aguardar, donde el verdadero yo permanecía en hibernación, esperando el despertar definitivo que la infinitud de sus días tácitamente prometía. La urgencia era siempre externa, impuesta por el mundo, nunca interna, emanada de la chispa única de su propia existencia.

No había espacio para la imperfección, para el riesgo o para el error que la acción inmediata conllevaba, pues en el vasto lienzo de la eternidad, siempre habría tiempo para corregir, para empezar de nuevo.

Sin embargo, la radical ausencia de fundamento, esa disolución de las grandes narrativas y promesas trascendentes, trajo consigo una revelación ineludible: la conciencia de la finitud. Si no existía un plan cósmico preestablecido, si la vida no era un mero preludio a una existencia ulterior, si no había segundas oportunidades garantizadas más allá de la experiencia terrenal, entonces el tiempo no era un río caudaloso e interminable, sino un arroyo de cauce definido y con un punto final discernible. Y, sorprendentemente, esta limitación no se presentó como una condena sombría o una fuente de angustia paralizante. Por el contrario, se manifestó como una fuerza clarificadora, un cristal a través del cual la realidad se volvía nítida, despojando la existencia de sus velos y artilugios superfluos.

Esta finitud impuesta no sumió al protagonista en un abismo de desesperación, sino que le otorgó una urgencia de naturaleza completamente nueva: una urgencia productiva. La conciencia de que cada día era un segmento irrecuperable de su única existencia le obligó a reevaluar radicalmente sus prioridades. Ya no era posible albergar la fantasía de abrazarlo todo, de poseerlo todo, de serlo todo. La elección se convirtió en una necesidad ineludible, y con ella, la dolorosa pero liberadora renuncia. Elegir un camino implicaba, por fuerza, abandonar otros.

Este acto de renunciación, lejos de empobrecer, definía la sustancia de su compromiso, dotándolo de una profundidad que la omnipotencia ilusoria jamás podría haber ofrecido. Sin renuncias explícitas, la vida se diluía en un mar de posibilidades no concretadas, en un eterno "podría haber sido" que le impedía ser plenamente lo que ya era.

Fue entonces cuando el protagonista comenzó a someterse a un ejercicio introspectivo tan simple como brutal: ¿qué haría si supiera que su tiempo era realmente limitado, que solo le quedaban unos pocos años, meses o incluso días? No se trataba de una morbosa fantasía de autocompasión, sino de una herramienta radical de clarificación. Las respuestas que emergieron de este cuestionamiento eran asombrosas y, a menudo, incómodas. Se dio cuenta de que lo que realmente anhelaba, lo que verdaderamente resonaba con sus valores más profundos, no era lo que estaba haciendo en ese momento. Los caminos que había estado posponiendo, las palabras que no había dicho, las experiencias que había evitado, eran precisamente aquellas que su ser más auténtico clamaba. Esta revelación no solo le expuso la brecha entre sus valores declarados y sus acciones efectivas, sino que también le mostró la urgente necesidad de cerrar ese abismo existencial.

La finitud, comprendida de esta manera, se erigió como el criterio supremo de autenticidad. Si el tiempo no era infinito, si cada aliento era un don no renovable, entonces la vida solo podía ser vivida en congruencia con lo que intrínsecamente importaba.

No era lo que la sociedad esperaba, ni lo que las convenciones dictaban, ni siquiera lo que una lógica abstracta pudiera sugerir, sino aquello que resonaba con la verdad más íntima de su propio ser. Descubrir esta verdad no era un camino sencillo; exigía una honestidad brutal, un enfrentamiento directo con las propias contradicciones, con las auto-mentiras y los miedos arraigados. Requería la valentía de aceptar que, quizás, no había estado viviendo la vida que realmente deseaba, sino una versión atenuada y pospuesta. Pero en esa aceptación radicaba la semilla del cambio, el punto de inflexión desde el cual una existencia más auténtica y plena podía finalmente florecer.

La Relación Sin Fusión

El protagonista percibía que en las relaciones humanas subyacía una búsqueda de fundamento, un anhelo de absoluto que se concretaba en la fantasía de la fusión. Era la noción romántica, casi mítica, de una unidad perfecta: la ilusión de hallar a alguien con quien forjar una entidad indivisible, donde las individualidades se disolvieran en un todo armónico. Se cifraba en ello la esperanza de ser comprendido sin la necesidad de palabras, de encontrar un alma gemela desprovista de malentendidos y diferencias irreductibles. Esta fantasía, inmensamente atractiva, prometía superar la soledad fundamental de la existencia humana, colmar ese vacío intrínseco al ser consciente y ofrecer un refugio donde toda vulnerabilidad sería absorbida y protegida por la completitud del otro.

Sin embargo, el protagonista había experimentado, a menudo con dolor, que esa fusión no solo era inalcanzable, sino fundamentalmente imposible. No se trataba de un esfuerzo insuficiente o de una carencia de amor, sino de una verdad ontológica irrefutable: cada persona era, y seguiría siendo, un mundo distinto. Un universo con su propia historia singular, tejida por experiencias irrepetibles, y con formas subjetivas únicas de percibir, sentir e interpretar la realidad. Estas diferencias, lejos de ser meros obstáculos a superar, constituían la esencia misma de la individualidad. No podían borrarse ni anularse con la buena voluntad, la intensidad del afecto o el deseo más ferviente de unidad; eran, en esencia,

la arquitectura misma de lo que significaba ser personas distintas, con conciencias separadas y autónomas.

Esto, no obstante, no implicaba que las relaciones humanas fueran inviábiles o una quimera vana. Al contrario, sugería que las conexiones genuinas debían construirse sobre un fundamento radicalmente diferente al de la fusión. En lugar de buscar la disolución de los límites, la nueva base radicaba en el reconocimiento, la celebración e incluso la negociación de la diferencia. La meta no era la comprensión total, que es una ilusión, sino el esfuerzo constante y humilde por aprehender al otro en su alteridad, aceptando que siempre habría un resquicio de misterio. Y en lugar de una utópica ausencia de conflicto, la clave residía en desarrollar la capacidad de gestionarlo con madurez y respeto, sin que las inevitables fricciones amenazaran la estructura misma de la relación. Las relaciones, comprendió el protagonista, no eran estados estáticos que se alcanzaban y luego se mantenían como una posesión; eran, por naturaleza, procesos dinámicos, en constante evolución, que demandaban trabajo continuo, atención consciente y un cuidado diligente.

Fue así como el protagonista aprendió que la relación sin fusión era, paradójicamente, más realista y, a la vez, más íntima que la idealizada fantasía de la unidad perfecta. Esta perspectiva permitía ver al otro no a través del filtro de las propias necesidades o deseos, no como un mero complemento diseñado para llenar un vacío personal, sino como realmente era: una persona distinta, completa en sí misma, con su propia autonomía y dignidad.

Y esta autonomía del otro, lejos de ser un obstáculo para la conexión profunda, se revelaba como su condición de posibilidad. Solo dos seres separados, dos conciencias distintas, podían realmente entablar la danza compleja y enriquecedora de una relación. La fusión, en su intento de borrar las fronteras, no era relación; era una forma de disolución, una negación de la individualidad que paradójicamente empobrecía la conexión en lugar de enriquecerla.

Las relaciones construidas sobre el reconocimiento de la diferencia eran, por su propia naturaleza, más frágiles que la quimera de la unidad perfecta. Eran susceptibles de romperse, de transformarse en algo distinto o incluso de llegar a su fin. Pero esta inherente fragilidad no era una señal de debilidad; era, en realidad, una manifestación de honestidad radical. Era el reconocimiento sobrio de que las relaciones humanas, al igual que la vida misma, no vienen con garantías de eternidad o inmutabilidad. Dependían enteramente del compromiso renovado, día a día, de las personas involucradas, de su voluntad constante de elegir la relación a pesar de las dificultades. Y ese compromiso no podía darse por sentado, sino que debía ser cultivado activamente, nutrido con cuidado y atención. El protagonista aceptó que, a veces, a pesar de todo el cuidado y la inversión emocional, una relación podría no ser suficiente, o simplemente cumplir su ciclo natural, y aprender a aceptar esa verdad, esa finitud relacional, era también parte esencial del vivir y del amar con plena consciencia.

El Arte Como Respuesta

Inmerso en su búsqueda de sentido y la comprensión de la ausencia de fundamento, el protagonista halló en el arte no solo un refugio, sino una revelación trascendente. Descubrió que este ámbito creativo ofrecía una vía fundamentalmente distinta a la de la filosofía, la cual, a pesar de su rigor, tendía a obsesionarse con la búsqueda de respuestas y explicaciones definitivas. El arte, en contraste, no pretendía resolver el enigma de la incertidumbre existencial ni el problema del fundamento; su verdadera genialidad residía precisamente en su capacidad para exhibirlo. Lo ponía en escena, lo desvelaba ante la mirada del espectador, permitiéndole experimentar la intrínseca complejidad de la vida sin la obligación de hallar una solución o una verdad inmutable. Esta confrontación directa con la incertidumbre, libre de mediaciones racionales excesivas, se reveló profundamente valiosa y casi catártica, al liberar al espíritu de la constante presión por comprenderlo todo.

Las formas artísticas se erigían como vehículos inigualables para esta exploración de la realidad multifacética. Una novela podía tejer una trama de relaciones y eventos tan intrincados que reflejaba la complejidad de la existencia humana sin la necesidad de reducirla a una tesis o a un mensaje moralizante. Del mismo modo, una pintura era capaz de evocar y expresar la totalidad de una emoción o un estado anímico, trascendiendo las limitaciones del lenguaje verbal sin tener que nombrarla explícitamente. Una pieza musical, con su lenguaje abstracto y universal, creaba un espacio

emocional envolvente, un universo propio que no precisaba justificación filosófica alguna para su existencia o su impacto. A diferencia del pensamiento filosófico, el arte no estaba constreñido por la necesidad de una coherencia lógica inquebrantable; podía abrazar la ambigüedad, la contradicción e incluso el absurdo, dejando preguntas abiertas y suspendidas. Esta radical apertura, esta disposición a no clausurar los significados, era, paradójicamente, su mayor fortaleza y su testimonio de la propia condición humana.

Más allá de su valor intrínseco, el protagonista observó que el arte operaba también como un potente generador de comunidad, aunque de una naturaleza muy particular. No se trataba de una comunidad forjada sobre creencias compartidas o dogmas ideológicos, sino de una que emergía de la resonancia de experiencias individuales que convergían. Asistir a la proyección de una película, escuchar un concierto en vivo o recorrer las salas de una exposición artística, todas estas vivencias creaban, en esencia, un espacio común y colectivo. Este vínculo no requería un acuerdo unánime sobre el significado de la obra; de hecho, cada persona era libre de interpretarla a su manera, de encontrar en ella sus propios ecos y resonancias. Sin embargo, todos compartían la experiencia fundamental de haberla hallado significativa, de haber sido tocados o interpelados. Esa profunda vivencia compartida, liberada de la exigencia de uniformidad intelectual, era más que suficiente para forjar un lazo, una conexión silenciosa pero inquebrantable entre individuos.

Los personajes literarios que se enfrentaban a situaciones irresolubles sin soluciones obvias, los protagonistas cinematográficos que debían tomar decisiones cruciales en ausencia de garantías, o los poemas que articulaban la perplejidad sin ofrecer consuelo ni respuestas concluyentes, todos ellos ofrecían modelos, aunque indirectos, de cómo vivir y perseverar en un mundo desprovisto de fundamentos absolutos. Estas narrativas no proporcionaban fórmulas explícitas ni recetas aplicables directamente a la vida del protagonista. No obstante, su valor radicaba en que demostraban la mera posibilidad de tal existencia. Sugerían que era viable transitar por la incertidumbre, que otros antes que él habían navegado mares similares de complejidad y desorientación. Y lo más importante, mostraban que, incluso sin alcanzar respuestas definitivas o una paz total, habían encontrado caminos para seguir adelante, para construir un sentido provisional y humano en medio del caos, ofreciendo un eco de validación a su propia travesía.

Fue así como el protagonista transformó radicalmente su relación con el arte. Dejó de percibirlo como mero entretenimiento o un adorno superficial de la existencia para reconocerlo como una auténtica forma de conocimiento. Este no era un saber conceptual, que pudiera encapsularse y traducirse por completo en palabras o teorías; era, más bien, un conocimiento vivencial, intuitivo y, sin embargo, profundamente real y tangible. Se trataba de un saber íntimo sobre la propia experiencia de estar vivo en un momento histórico particular, uno en el que los antiguos cimientos y el

fundamento del mundo se habían resquebrajado o simplemente dejado de sostener.

Y este conocimiento, lejos de ser un lujo intelectual, demostró ser inmensamente útil.

No resolvía la problemática de la ausencia de fundamento, ni eliminaba la incertidumbre, pero al ofrecer un marco para habitarla y comprenderla en sus múltiples facetas, hacía que la situación, por compleja que fuera, se tornara significativamente más habitable y comprensible para el espíritu humano.

La Pregunta Como Práctica

El protagonista había invertido una cantidad inmensa de tiempo y esfuerzo en la incesante búsqueda de respuestas. Durante su juventud, la firme convicción de que cada problema albergaba una solución definitiva, un conocimiento último por desvelar, nutría su indagación filosófica. Sin embargo, con el transcurso del tiempo y una profunda introspección, una revelación sutil, aunque radicalmente transformadora, germinó en su conciencia: las respuestas, por sí solas, no constituían la cumbre del entendimiento. Más allá de su eficacia para la resolución inmediata de dilemas, comprendió que el verdadero valor residía, paradójicamente, en el acto de preguntar. Porque las preguntas, en su esencia más prístina, no solo abrían nuevas sendas a la percepción, sino que también iluminaban caminos hasta entonces invisibles, revelando una realidad de complejidad y facetas inagotables. Eran estas preguntas, con su intrínseca capacidad desestabilizadora, las que horadaban las certezas automáticas y los dogmas petrificados, un proceso vital en un mundo desprovisto de fundamentos sólidos. Ante la ausencia de una base inamovible, la deconstrucción de lo que se daba por sentado no era ya una mera opción, sino una necesidad existencial, pues muchas de esas supuestas "certezas" se revelaban, en el fondo, como construcciones frágiles o, incluso, ilusorias.

Conforme su práctica de cuestionamiento se afinaba, el protagonista discernió que no todas las indagaciones poseían el mismo poder o la misma intención.

Existía una distinción crucial entre las preguntas que expandían el horizonte del pensamiento y aquellas que lo constreñían.

Las preguntas "que abrían" eran como compuertas que liberaban un torrente de posibilidades, invitando a la multiplicidad de respuestas, resistiéndose a una única solución y estimulando una exploración ilimitada. Estas eran las que disolvían las fronteras del conocimiento, alimentando la curiosidad y la creatividad. En contraste, las preguntas "que cerraban" se asemejaban a callejones sin salida, formuladas de tal modo que ya insinuaban la respuesta deseada, limitándose a un simple sí o no, o encapsulando el pensamiento dentro de parámetros predefinidos. Su función no era la de indagar genuinamente, sino la de confirmar o refutar una premonición. Con una paciencia y una agudeza crecientes, el protagonista dedicó tiempo a diferenciar entre estos dos tipos de preguntas, comprendiendo que esta habilidad era fundamental para una interacción más auténtica y profunda con el mundo y con los demás.

Más allá de la dicotomía entre preguntas abiertas y cerradas, el protagonista internalizó que el acto de preguntar trascendía la mera formulación verbal o mental; era, en su médula, una práctica, una disciplina continua, una forma intrínseca de relacionarse con la existencia. Esta práctica no se limitaba a una función cognitiva, sino que exigía una profunda atención al momento presente, una paciencia infinita ante la complejidad y, quizás lo más arduo, una disposición sincera a abrazar el no-saber. Preguntar con autenticidad implicaba una vulnerabilidad inherente: la de estar verdaderamente abierto

a respuestas inesperadas, incluso a aquellas que pudieran dismantelar sus propias preconcepciones o esperanzas.

Significaba acercarse a cada interrogante sin una respuesta predeterminada en mente, sin el anhelo de forzar una conclusión preconcebida. Esta actitud demandaba una particular humildad epistémica, una honestidad intelectual que rara vez se cultiva en un mundo que a menudo valora la certeza por encima de la sabiduría y que, aunque difícil de mantener, resultaba infinitamente gratificante.

En sus interacciones cotidianas y en las conversaciones que presenciaba, el protagonista observó una pauta recurrente y a menudo desilusionante: eran pocas las personas que, en realidad, se dedicaban a preguntar de manera genuina. La mayoría parecía abordar el diálogo con un conjunto de expectativas preestablecidas, buscando confirmación para sus propias ideas o validación para sus argumentos. Cuando formulaban preguntas, estas solían ser retóricas, construidas con la intención de guiar al interlocutor hacia una respuesta ya preconcebida por el emisor, una herramienta para conducir la conversación hacia un destino prefijado. Sin embargo, las preguntas verdaderas, aquellas que surgían de una curiosidad sincera y una apertura auténtica, se distinguían por su riesgo intrínseco. Eran preguntas que podían no obtener la respuesta esperada, que desafiaban la comodidad de la predictibilidad y que, en su potencial, tenían la capacidad de transformar profundamente tanto a quien las hacía como a quien las recibía, abriendo nuevas perspectivas para ambos participantes del diálogo.

La práctica constante de la pregunta, con toda su riqueza y sus desafíos inherentes, no ofrecía, por sí misma, una solución al problema fundamental de la ausencia de fundamentos. No proporcionaba un nuevo suelo firme sobre el cual edificar certezas inquebrantables. Sin embargo, su impacto era de una magnitud diferente y quizás más profunda: alteraba la relación misma con ese problema. Lo que antes se percibía como un obstáculo insuperable, una fuente de ansiedad o nihilismo, se transformaba ahora en una invitación, no a resolver, sino a explorar. Esta exploración, a diferencia de la búsqueda de respuestas definitivas, se revelaba como un viaje sin fin, un proceso dinámico en el que cada nueva respuesta o revelación inevitablemente generaba nuevas preguntas. Y este ciclo interminable de cuestionamiento no era motivo de frustración o desesperanza, sino la esencia misma del movimiento del pensamiento. Era la forma en que la mente se mantenía viva, ágil y en constante evolución, impidiendo que se solidificara en dogmas rígidos y cerrados, y permitiéndole abrazar la vitalidad inherente a la incertidumbre.

La Tradición Como Recurso

En su viaje de pensamiento y autodescubrimiento, el protagonista había atravesado una fase de rotundo rechazo hacia todo lo que la tradición representaba. Para él, era un lastre del pasado, una carga densa que encapsulaba formas de pensar caducas y estructuras rígidas, pilares de una ilusoria certeza inmutable. En un mundo donde tal fundamento se había revelado como una quimera, la tradición no era sino un ancla inoperante, un obstáculo para cualquier avance. La convicción de que era imperativo partir de cero, de erigir una realidad y un sistema de valores absolutamente nuevos, se erigía entonces como su principal motor, una promesa de radical autenticidad.

Sin embargo, con el tiempo y una reflexión más honda, el protagonista comenzó a discernir la ingenuidad inherente a su postura inicial. Comprendió que la idea misma de "empezar de cero" era una fantasía teórica, una noción que ignoraba la intrincada red de influencias que nos teje. Nadie habita un vacío absoluto; nuestra existencia está ineludiblemente anclada en una historia, habitamos un lenguaje cuyas raíces se extienden mucho más allá de nuestra invención y empleamos conceptos heredados de innumerables generaciones. Esta herencia, lejos de ser únicamente una cadena que constriñe nuestra libertad, se manifestó también como un recurso de valor incalculable. La tradición, con su vasto caudal de experiencias, encierra las soluciones que incontables antepasados ofrecieron a problemas que, en esencia, no difieren tanto de los nuestros.

No se trataba de respuestas infalibles o de verdades absolutas, sino de aproximaciones que, en su contexto histórico, demostraron una funcionalidad y resiliencia dignas de estudio.

Impulsado por esta renovada perspectiva, el protagonista cultivó una relación distinta con la tradición. Dejó de verla como una autoridad dogmática a la que someterse ciegamente o como un compendio de verdades inamovibles. En su lugar, la concibió como un inmenso archivo de la experiencia humana, un depósito dinámico de intentos, errores y aciertos. Este archivo podía ser consultado con una mirada crítica y selectiva, sin la obligación de aceptar cada uno de sus preceptos. Aprendió el arte de discernir, de rescatar aquello que aún conservaba utilidad y vitalidad, y de dejar atrás lo que ya no resonaba con las exigencias del presente. Este enfoque permitía reinterpretar, adaptar y transformar los elementos tradicionales, infundiéndoles nueva vida. La tradición, bajo esta lectura, dejó de ser una entidad pétreo para convertirse en algo maleable, una arcilla susceptible de ser moldeada. Y esta cualidad, la de su flexibilidad inherente, la hacía curiosamente compatible con la ausencia de un fundamento fijo y preestablecido, permitiendo una continua revisión y adaptación.

Más allá de ser un mero depósito de ideas, la tradición le ofreció al protagonista un anhelo profundamente humano: la continuidad. En una era marcada por la velocidad vertiginosa del cambio, la fragmentación de los lazos sociales y la erosión de las referencias comunes, la tradición proporcionaba un hilo

conductor esencial. No era un hilo que dictaba dogmáticamente el curso del presente, sino uno que tejía una conexión significativa entre el presente y el pasado. Esta conexión, lejos de ser nostálgica, se convertía en una fuente de estabilidad y sentido, no porque el pasado fuera intrínsecamente superior, sino porque ofrecía una perspectiva inestimable. Le permitía al protagonista comprender que los desafíos contemporáneos, por más apremiantes que parecieran, no eran fenómenos completamente inéditos. Le recordaba que otras generaciones habían confrontado crisis existenciales y desafíos monumentales, y que, a pesar de todo, habían logrado sobrevivir y, en muchos casos, florecer. Esta comprensión aportaba un sosiego y una sabiduría que trascendían la inmediatez del instante.

Finalmente, el protagonista arribó a una conclusión matizada pero profunda: rechazar la tradición de manera indiscriminada era, en su esencia, tan dogmático como aceptarla sin cuestionamientos. Ambas actitudes partían de una premisa errónea: la de concebir la tradición como un bloque monolítico e indivisible, una totalidad que debía ser validada o descartada por completo. Sin embargo, la realidad de la tradición era mucho más compleja y rica. No se trataba de una estructura uniforme, sino de un conglomerado heterogéneo de prácticas, ideas, instituciones y narrativas. Dentro de este vasto mosaico, existían elementos de indudable valor, otros claramente perjudiciales, y una gran mayoría que se movía en las zonas grises de la ambigüedad.

La verdadera tarea, por tanto, no residía en una dicotomía simplista de aceptación o rechazo en bloque, sino en el laborioso ejercicio del discernimiento. Implicaba la capacidad de distinguir con sutileza qué aspectos conservaban su pertinencia y utilidad para el presente y cuáles habían agotado su ciclo. Esta labor no era pasiva; demandaba un juicio crítico constante, la aplicación de un criterio bien fundamentado y, sobre todo, un compromiso incesante con el trabajo de la reflexión.

La Esperanza Sin Promesas

En un mundo donde todo fundamento parecía haberse desvanecido, el protagonista se enfrentó a la pregunta de si era posible sostener la esperanza. Tradicionalmente, esta se había anclado en promesas irrefutables: la vida eterna, un progreso lineal e inevitable, la justicia final que, tarde o temprano, equilibraría el cosmos. Tales garantías ofrecían un horizonte firme, una razón para perseverar frente a las adversidades. Sin embargo, al desmoronarse la noción misma de un fundamento inquebrantable y colapsar las estructuras que antaño sostenían esas promesas, ¿qué quedaba? La ausencia de certezas transformaba los antiguos compromisos en meros ecos, en anhelos sin respaldo real. Ante esta cruda realidad, la interrogante se volvía acuciante: ¿qué sentido, qué nueva forma, podría adoptar la esperanza cuando ya no existían pactos ni seguridades sobre los cuales erigirla?

Fue en el seno de esta profunda incertidumbre donde el protagonista alumbró una forma de esperanza radicalmente distinta, despojada de la necesidad de promesas o de anclajes externos. Esta renovada esperanza no residía en la fe inmutable de que el futuro sería inherentemente bueno o que los desafíos se resolverían por sí solos. Más bien, se manifestaba como una profunda y activa apertura hacia el porvenir, una disposición inquebrantable a enfrentarlo no con la certeza de un resultado favorable, sino con la voluntad de moldearlo. No era la espera pasiva de un destino benévolo y garantizado, sino el compromiso activo, la labor constante y la perseverancia incansable en pos de un fin anhelado, aunque

este nunca estuviera asegurado. Esta perspectiva audaz no eludía la posibilidad del fracaso; al contrario, lo integraba como una faceta intrínseca del proceso, reconociendo que, incluso en la caída, la acción y el intento conservaban su valor esencial. La esperanza, así comprendida, se transfiguraba en un verbo, en un acto continuo de intentar y de ser.

Esta forma de esperanza, modesta pero poderosa, se distanciaba abismalmente de sus predecesoras grandilocuentes. No ofrecía visiones utópicas de un paraíso terrenal ni la infalible victoria del bien sobre el mal; tampoco aseguraba que el universo se inclinara finalmente hacia la justicia. Su afirmación era mucho más humilde, pero no por ello menos trascendente: valía la pena el intento. En un mundo despojado de absolutos y garantías, la acción, por sí misma, adquiriría un significado renovado, una razón de ser que trascendía la incertidumbre del desenlace. El esfuerzo, por arduo que fuera y por incierto que se presentara su fruto, nunca era en vano, porque su mera existencia ya constituía un acto de resistencia, una declaración de voluntad ante la fuerza paralizante de la desesperanza. En la persistencia del acto de intentar, en la tenacidad de la búsqueda, la esperanza hallaba su propia justificación, una que no necesitaba ser validada por un futuro predecible, sino por el valor inherente del presente vivido y forjado.

El protagonista no tardó en percibir que sostener esta esperanza sin promesas demandaba una fortaleza diferente, quizás más exigente, que la que requería la esperanza tradicional.

Esta última, con su promesa de consuelo y la certeza de que, al final, todo adquiriría un sentido trascendente, ofrecía un bálsamo reconfortante ante el dolor y la confusión. Sin embargo, la esperanza desprovista de promesas no brindaba tal alivio; su única ofrenda era la posibilidad, el espacio para actuar y para ser. Era un sendero más árido, donde la recompensa no era la garantía de un final feliz, sino la dignificación del propio esfuerzo y la resistencia al abandono. Para muchos, esa posibilidad podía parecer exigua, una ofrenda casi insignificante. Pero para el protagonista, era lo único que quedaba; sin ella, solo se abría el abismo de la resignación, una forma pasiva y encubierta de evasión que negaba la agencia y el propósito vital. En esa delgada línea entre la posibilidad y la nada, residía la esencia de esta nueva comprensión de la esperanza.

En última instancia, esta esperanza, desprovista de cimientos externos y de la dulzura de las promesas, exigía una valentía profunda y constante. No se trataba de la valentía heroica que se manifiesta en gestas épicas, sino de una valentía cotidiana, la que permite seguir adelante a pesar de la ausencia de garantías, la que impulsa a comprometerse con proyectos cuya viabilidad pende de un hilo, la que sostiene la lucha por un futuro que podría no materializarse jamás. Era la valentía de levantarse cada día, de enfrentar la incertidumbre con la determinación de actuar, de decidir que el intento, por sí solo, poseía un valor incalculable.

Y esta audacia, esta inquebrantable voluntad de perseverar, no emanaba de ningún fundamento metafísico o promesa divina. Surgía, en cambio, de una decisión interna, una elección consciente de abrazar la vida con todas sus contingencias, de forjar la propia esperanza en el crisol de la acción y del compromiso, sin más ancla que la propia convicción de que vale la pena seguir intentando.

La Aceptación Activa

Durante largo tiempo, el protagonista se aferró a la resistencia frente a la ausencia de fundamento. Esa lucha incesante, esa obstinada búsqueda de soluciones, de una vía de escape, o la negación misma de la cruda realidad, le había drenado una inmensa porción de su vitalidad. Con una claridad tan dolorosa como liberadora, comprendió que su propia resistencia, lejos de ser la solución, era la raíz misma del problema. No se trataba de ensalzar una aceptación pasiva, sino de reconocer que la negación terca lo mantenía cautivo en un ciclo vicioso, convirtiendo el dilema en el único horizonte de su existencia e impidiéndole ver el vasto abanico de posibilidades y perspectivas más allá de esa única batalla. Era como un náufrago aferrado desesperadamente a un mástil roto, tan absorto en su pérdida que la orilla cercana pasaba inadvertida.

Sin embargo, la aceptación, en su expresión más profunda, jamás podría ser pasiva. No era una resignación indolente que encogía los hombros y murmuraba un indiferente "no hay fundamento, no importa". Porque sí importaba. La ausencia de un anclaje existencial firme traía consigo consecuencias palpables, problemas reales y vacíos que exigían una respuesta. Y esas respuestas vitales no brotarían de la negación ni del autoengaño, sino de una valiente confrontación con la realidad tal cual era. Solo al discernir la situación en su total complejidad, con sus inherentes implicaciones y desafíos, se abría la posibilidad de edificar

desde ese nuevo punto de partida, en vez de continuar la infructuosa pugna contra una verdad ineludible.

La pasividad solo conducía a la inacción y la apatía, mientras la vida, con su perentoria urgencia, reclamaba un compromiso distinto.

Fue así como el protagonista empezó a concebir una "aceptación activa". Esta no significaba rendición, sino un reconocimiento lúcido de la situación existencial, despojado de artificios y falsas esperanzas. Crucialmente, esta aceptación no era el fin de un proceso, sino el umbral, el fecundo inicio de una forma de vivir radicalmente diferente. Una existencia que, de manera sorprendente, no solo prescindía de un fundamento externo, sino que se nutría y sostenía en pilares forjados desde su interior: el compromiso inquebrantable con valores y propósitos personales, la responsabilidad ética hacia uno mismo y hacia los demás, la riqueza de las conexiones humanas que tejían un sentido de pertenencia, y una atención plena y consciente al "aquí y ahora". Quizás no era una vida perfecta, exenta de dudas o dolor, pero era innegablemente real, auténtica, y en su sencilla verdad, se reveló como más que suficiente.

Esta aceptación activa no pretendía dilucidar las grandes cuestiones filosóficas que la precedían. No ofrecía una explicación convincente sobre la ausencia de fundamento, ni justificaba la contingencia inherente de la existencia. Simplemente, y con una asombrosa honestidad intelectual, la asumía como un punto de partida ineludible. Y desde esa base incierta, se dedicaba a construir.

No un sistema filosófico completo ni una respuesta definitiva a los misterios del universo, sino más bien formas concretas y cotidianas de vivir, que encontraban su valor y propósito en su propia coherencia interna y en su capacidad intrínseca para forjar una vida habitable y significativa. Estas formas no requerían la garantía de un fundamento externo para poseer mérito; se sostenían por la fuerza de su propia articulación, por la autenticidad de su praxis y por el significado atribuido a la experiencia vivida, revelando que el valor puede emerger incluso en la ausencia de certezas absolutas.

En su viaje introspectivo, el protagonista advirtió que esta aceptación activa engendraba una relación profundamente distinta y renovada con el tiempo mismo. Ya no existía la imperiosa necesidad de esperar a que todos los problemas se resolvieran, ni de postergar la plenitud de la vida hasta hallar un fundamento inamovible. La vida, con todas sus complejidades y sus efímeros dones, transcurría precisamente "ahora". Y la tarea más urgente, la más significativa, era vivirla en este instante presente. Vivirla con todas las limitaciones inherentes, con la incertidumbre que la impregna y con la ausencia de garantías que la define. Este enfoque no prometía un camino fácil, libre de obstáculos, pero sí desvelaba un sendero posible. Y esa posibilidad, esa capacidad de habitar el presente con plenitud a pesar de todo, se manifestaba como algo mucho más valioso y transformador de lo que jamás se hubiera atrevido a pedir o a imaginar, constituyendo en sí misma una profunda fuente de resistencia contra la desesperanza y la inercia.

Vivir En La Grieta

Tras un largo y sinuoso camino de búsqueda, el protagonista comprendió que la respuesta que anhelaba sobre el fundamento ***aquella verdad última que lo ordenaría y daría sentido a todo*** jamás aparecería. No era una cuestión de esfuerzo insuficiente o de falta de perspicacia; el problema, en su esencia, no se prestaba a una solución tradicional, como un enigma que se desvela o una ecuación que se resuelve. Más bien, se reveló como una condición inherente a su existencia y a la de su tiempo: la ineludible realidad de habitar un presente donde los grandes relatos y las certezas que antaño sirvieron de pilares se habían desmoronado y, lo más crucial, no habían sido reemplazados por nuevas estructuras igualmente sólidas. Esta comprensión, lejos de ser un fracaso personal, se manifestaba como el reconocimiento de una experiencia colectiva, un eco resonante de la época.

Sin embargo, esta condición, aunque inicialmente desorientadora y quizás dolorosa, distaba de ser puramente negativa. La propia ausencia de un fundamento inamovible abría un vasto horizonte de posibilidades, una libertad antes inimaginable. Si no existía un orden preestablecido al que adherirse ciegamente, se creaba entonces un espacio fértil para la invención, para la creatividad radical, para la experimentación con nuevas formas de vida y de relacionarse que, bajo el yugo de antiguas certezas, habrían sido impensables. No existía la garantía de que estas nuevas sendas fuesen intrínsecamente mejores o más seguras, pero la mera posibilidad de su existencia, la expansión del campo

de lo concebible, constituía en sí misma un valor inmenso. Era la oportunidad de forjar un sentido desde la autonomía, de trazar un camino propio sin la imposición de un destino preescrito.

El protagonista, buscando una imagen que capturara esta compleja realidad, concibió la vívida metáfora de una grieta. No una fisura insignificante, sino un abismo existencial entre el fundamento perdido, que ya no sostenía, y aquel que, por su propia naturaleza, nunca llegaría a materializarse. Esa grieta profunda y constante no era un lugar de tránsito, sino el espacio vital donde él, y con él la humanidad de su época, estaba destinado a vivir. Era el escenario de su cotidianidad, aunque muchos, por miedo o por hábito, se negaran a reconocer su presencia. Y habitar esa grieta, sin la ilusión de un terreno firme, exigía una forma particular de estar en el mundo. Significaba no poder echar raíces profundas, pues no había un suelo inmutable al que aferrarse. En cambio, se requería desarrollar una habilidad para el equilibrio, una capacidad para encontrar apoyos que, aunque no definitivos, resultaban funcionales y suficientes para el presente, construyendo provisionalidad sobre provisionalidad.

Esta existencia en la grieta no era ni podía ser una existencia cómoda. Carecía de la reconfortante seguridad de un suelo firme bajo los pies, de la certidumbre de una estructura que garantizara el mañana. Pero tampoco representaba un descenso incontrolado hacia el vacío. Era, más bien, un equilibrio precario, sí, pero sostenido con un esfuerzo consciente, día a día.

Se tejía a través de decisiones cotidianas, deliberadas y meditadas; se anclaba en compromisos que, lejos de ser eternos, eran renovables, revisables, adaptables; y se nutría de relaciones humanas cultivadas con atención, donde el valor de la conexión se apreciaba precisamente por su fragilidad y su mutua dependencia. Era una forma de vida que demandaba atención constante, una lucidez perpetua; no permitía los automatismos de la costumbre ni ofrecía las garantías de un futuro sellado. Sin embargo, era una vida profundamente honesta consigo misma, desprovista de las ilusiones del pasado. Y en una era definida por la ausencia de certezas absolutas, esa honestidad, ese coraje de mirar la realidad de frente, constituía ya un logro de valor incalculable. A pesar de esta claridad, el protagonista no albergaba la certeza de si esta forma de vida era sostenible a largo plazo, ni si, con el tiempo, emergería inevitablemente un nuevo fundamento que reorganizara el caos. Tampoco podía asegurar si sus conclusiones representaban una verdad universal o si simplemente había racionalizado, con elegancia filosófica, su propia incapacidad de creer en los antiguos dogmas. La pregunta de si estaba en lo correcto flotaba en el aire, sin una respuesta definitiva. Pero lo que sí sabía con una convicción tranquila y profunda era que, por el momento, este era su modo de vida, el camino que se le había revelado. Y su tarea no era otra que vivirlo de la mejor manera posible, con una dignidad sencilla.

Sin caer en el dramatismo de una tragedia, sin la pompa de un heroísmo épico y sin la vanidad de falsas promesas. Solo con la sobriedad existencial de quien ha comprendido, en lo más hondo de su ser, que el centro, tal como se le había concebido, nunca existió.

Y que, quizás, en esa misma ausencia, residía una forma inesperada y profunda de bienestar.

Lo Que Queda

Hemos navegado juntos una senda de profunda introspección, una travesía conceptual a través de la reflexión sobre la ausencia de fundamentos inmutables: ese espacio liminal y a menudo inquietante que hemos denominado "la grieta". Esta exploración, lejos de pretender erigir un nuevo dogma o un conjunto de certezas sustitutas, ha sido una invitación persistente a contemplar serenamente una realidad inherente a la condición humana de nuestra época. Una realidad que, si bien a veces eludida, se manifiesta en la progresiva disolución de los pilares tradicionales que antaño sostenían nuestras cosmovisiones y, quizás, en la ausencia duradera de nuevos cimientos capaces de reemplazarlos con idéntica solidez. Es el reconocimiento de un entretiempos, un espacio de suspensión donde lo antiguo ha perdido su autoridad y lo nuevo aún no termina de fraguar.

Vivir plenamente en esta grieta, como hemos tenido ocasión de desglosar, no implica, en absoluto, una condena a la vacuidad o a la desesperanza existencial. Por el contrario, representa una oportunidad singular, una forma de reconocimiento honesto de una condición ontológica que define gran parte de nuestra experiencia contemporánea. Es la aceptación consciente de que la seguridad y el anhelo de estabilidad que tan profundamente anhelamos como seres humanos suelen asentarse sobre construcciones intrínsecamente efímeras, sobre acuerdos tácitos y provisionales, y sobre la promesa ininterrumpida de un sentido que no se nos entrega ya prefabricado, sino que debemos

forjar, con esfuerzo y dedicación, en el día a día. No se trata, entonces, de una resignación pasiva ante el caos, sino de la manifestación de una sobria lucidez que nos habilita para actuar y construir en el mundo sin la ilusoria y engañosa garantía de un suelo inamovible bajo nuestros pies, comprendiendo que la verdadera firmeza reside en nuestra capacidad de adaptación y creación.

Querido lector, es muy probable que, en algún punto de su propia existencia, usted también haya percibido el sutil, o quizás el estrepitoso, temblor de esa grieta. Tal vez se haya manifestado en las grandes interrogantes filosóficas sobre el propósito y la dirección de la vida, en la angustiada búsqueda de valores consistentes en un mundo en constante y vertiginosa transformación, o incluso en la fragilidad inherente a las relaciones humanas y a las estructuras sociales y políticas que nos rodean. Este texto, en esencia, es una profunda invitación a no rehuir esa sensación de incertidumbre, a no ocultarla bajo el manto de falsas seguridades, sino a enfrentarla con valentía y curiosidad. Es una invitación a mirarla de frente, a comprenderla no como una falla o un defecto inherente a nuestra realidad, sino como un rasgo distintivo, e incluso definitorio, de la experiencia humana en esta era post-fundacional.

Las implicaciones prácticas y éticas de abrazar conscientemente esta realidad de la grieta son, sin duda, profundas y transformadoras. Significa desarrollar una habilidad fundamental para aprender a construir puentes provisionales y flexibles que conecten los fragmentos de

nuestra existencia, a confiar más en la dinámica del proceso mismo que en la quimera de un destino final prefijado. Requiere cultivar una flexibilidad mental y emocional sin precedentes, una agilidad cognitiva que nos permita adaptarnos con gracia al vaivén de los acontecimientos, a navegar los complejos mares de la vida sin la necesidad de un mapa completamente trazado de antemano. Nos insta a valorar, por encima de todo, la brújula interna de nuestra conciencia y la constante, rigurosa y humilde revisión de nuestro rumbo, reconociendo que el camino se hace al andar y que el aprendizaje es perpetuo.

En última instancia, se trata de redefinir nuestra concepción de la solidez y la estabilidad. Ya no la buscamos en lo inmutable, en lo que permanece incólume al paso del tiempo y a las fuerzas del cambio, sino en la calidad intrínseca de nuestras decisiones cotidianas, en la profundidad y autenticidad de nuestros lazos afectivos y comunitarios, y en la responsabilidad ineludible que asumimos por el sentido que elegimos dar a nuestras propias vidas. La ausencia de un fundamento absoluto, lejos de ser una carga, nos libera de la tiranía opresiva de la predeterminación, de la idea de que hay un camino único y verdadero. Pero, al mismo tiempo, nos inviste con la noble y exigente tarea de la creación continua de significado, una labor que nos convierte en coautores de nuestra realidad y de nuestro devenir, en un acto constante de autosuperación y reinención.

Así, al alcanzar el final de este recorrido intelectual y emocional, no podemos ofrecer, y ni siquiera pretendemos

hacerlo, una respuesta definitiva y concluyente que clausure la reflexión, ni mucho menos una nueva doctrina inamovible que proclame verdades absolutas. Lo que subsiste es, tan solo, la firme convicción, forjada en la experiencia y la meditación, de que habitar la grieta ***con todas sus inherentes incomodidades, sus vertiginosos desafíos y sus constantes exigencias*** es también, paradójicamente, una oportunidad sin igual para el florecimiento de una vida más consciente, más libre en su elección y, de una manera profundamente irónica, más arraigada en la verdad esencial de nuestra propia existencia. Es un camino perpetuo de descubrimiento, una odisea incesante donde el centro, si es que alguna vez existió más allá de nuestra imaginación, se manifiesta y se revela no como un punto estático de llegada, sino en la dinámica incesante de la búsqueda misma, en la perpetua tensión entre el ser y el devenir.

